

CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

DIOS CREADOR FRENTE AL PANTEÍSMO



«Servidle con ternura y humilde corazón, agradeced sus dones, cantad su creación. Las criaturas todas, load a mi Señor. Amén».

San Francisco de Asís, *Cántico de las criaturas*

Año LXXVII- Núm. 1095 Octubre 2022



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número	29	Todo bien finito es participación de la bondad divina <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>
5	La creación manifiesta la bondad de Dios <i>Antonio Macaya Pascual</i>	32	Orientaciones bibliográficas <i>Javier González</i>
9	Panteísmo ecologista, la religión del igualitarismo <i>Jorge Soley Climent</i>	33	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
13	El concepto de naturaleza en el panteísmo <i>Antonio Prevosti Monclús</i>	36	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
14	El olvido del aliquid en el panteísmo <i>Raúl Ahrens</i>	39	Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>
18	Cántico de las criaturas <i>San Francisco de Asís</i>	41	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
22	Antiespecismo contra la especie humana <i>Jean-Marc Albert</i>	44	Actualidad política <i>Jorge Soley</i>
26	¿Por qué la democracia es el más absoluto de los sistemas de gobierno? <i>Jose M^a Petit Sullá (†)</i>		
27	«Lo que inclina el espíritu de los pueblos democráticos hacia el panteísmo» <i>Alexis de Tocqueville</i>		

Razón del número

Las paradojas de la Modernidad

Se pretendió una divinización del hombre, pero no se quiere reconocerlo como hijo muy querido de Dios. Como dice san Agustín, todo intento de conducta conformada por la soberbia lleva consigo una radical humillación.

BAJO muchos aspectos, si contemplamos la sociedad actual tendríamos que quedar sorprendidos por la frecuente presencia de juicios, actitudes, conductas alejadas radicalmente de todo buen sentido, y lo que aún podría resultarnos más sorprendente cuando las vemos justificadas e incluso promovidas por instancias políticas y culturales, educativas que pretenden orientar y dirigir a nuestra sociedad. Este sin sentido al que estamos refiriéndonos es manifiesto por motivos muy diversos. En primer lugar se apartan totalmente de lo que de un modo general se consideraba, hasta hace poco, totalmente rechazable, por su falta de moralidad y por sus evidentes consecuencias gravemente perjudiciales para el bien del hombre y de la comunidad. Todas estas actitudes y conductas podríamos calificarlas de «extrañas», porque de un modo necesario traen consigo para la sociedad que las acepta su desaparición a no muy largo plazo. No hacen posible la continuidad histórica porque atentan contra aquellos principios constitutivos de la sociedad: el respeto y protección de toda vida humana y la transmisión de esta vida. No puede perdurar una

sociedad en el que se afirme que el matar a los inocentes sea un derecho y que la transmisión de la vida no esté fundada en la naturaleza biológica sexuada del ser humano.

Hay otro tipo de conductas y formas de pensar que aparentemente podrían parecer muy alejadas de las

No puede perdurar una sociedad en que se afirme que el matar a los inocentes sea un derecho y que la transmisión de la vida no esté fundada en la naturaleza biológica sexuada del ser humano.

anteriores, y sin embargo son también radicalmente autodestructivas, me refiero especialmente a ciertos modos de entender actualmente un singular ecologismo. Se reclama un respeto a la naturaleza que presupone la no diferenciación radical entre el ser humano, y lo meramente material. La racionalidad ya no se afirma como aquello que especifica al hombre frente al resto de los animales y bajo la apariencia de un res-

peto a todo lo viviente, se considera, a la luz de un declarado panteísmo, que la diversidad de seres vivientes son simplemente distintos modos de una misma sustancia. Ello comporta en la vida real, como lo estamos comprobando en nuestros días, una degradación evidente de lo humano rebajándolo en el mejor de los casos, a una mayor complejidad de lo biológico. No se pueden sacrificar animales, pero sí se puede practicar la eutanasia y el aborto. Lo admisible o rechazable está relacionado únicamente, en cualquier caso, en el grado de dolor sensible causado.

Estas «extrañas» paradojas forman parte de algo frecuente en la modernidad, como podemos ver si comparamos lo que se afirma políticamente y las filosofías que inspiran muchas de las ideologías que inspiran esta praxis política. Por ejemplo, desde la Revolución francesa, se pregona como uno de sus principios más importantes la libertad, lo que explica la aureola que rodea todo lo liberal, y sin embargo las filosofías inspiradoras del liberalismo, niegan el libre albedrío (Hobbes, Spinoza, Rousseau). Se condena la pena de muerte y se legisla como un derecho el aborto y la eutanasia, se valora la importancia

y el respeto que merece la opinión pública y todo gobierno o poder social invierte grandes sumas de dinero para conformar una susodicha opinión pública de acuerdo con sus intereses.

Esta situación nos lleva a recordar, por un lado, lo que dice Aristóteles cuando trata de cómo es posible que una tiranía se mantenga en el poder. El principal modo de poder conseguirlo es lograr que los ciudadanos simplemente no piensen, en esto radica la fuerza del tirano y la debilidad del súbdito. **Estas paradojas y contradicciones políticas actuales solo se pueden sostener en un ambiente social en el que se haya podido erradicar la necesaria costumbre de pensar: educación, medios de comunicación, ciertos espectáculos, propaganda comercial y política serán los instrumentos adecuados para conseguirlo.**

Hay otra consideración a añadir mucho más radical y profunda a la hora de juzgar lo que ocurre en nuestro mundo. **Vivimos instalados en el triunfo de la mentira**, se intenta ocultar o tergiversar la realidad que tiene que ver con las reales preocupaciones de todo ser humano, en contraste con la cotidiana y universal aspiración y búsqueda de

la felicidad propia y de los «míos». Estas contradicciones en las que vivimos son causa de humillación, fracaso y frustración con los consiguientes daños psicológicos y espirituales de extrema gravedad. Sin embargo, esta situación es también una llamada providencial, a contemplar nuestras vidas *«sub specie eternitatis»*, este es el único camino de comprender los actuales signos de los tiempos. El espíritu del mal, el demonio, el padre de la mentira, continúa intentando seducir al hombre, presentándole como triunfo y reivindicación lo que no son más que fracasos reiterados y progresivos. **Como dice san Agustín, todo intento de conducta conformada por la soberbia lleva consigo una radical humillación. Se pretendió una divinización del hombre pero no se quiere reconocerlo como hijo muy querido de Dios.**

Estamos celebrando el 25 aniversario de la proclamación de santa Teresita del Niño Jesús como doctora de la Iglesia, ella con su «caminito» nos muestra con la cautivadora sencillez de su vida humilde y oculta como vivir confiados y agradecidos en manos de Dios, puestas nuestras ansias en poder gozar eternamente de Dios en nuestra patria del Cielo.

«Dios debe ser predicado como distinto del mundo»

La santa Iglesia católica, apostólica y romana cree y confiesa que hay un solo Dios verdadero y vivo, creador y Señor del Cielo y de la Tierra, omnipotente, eterno, inmenso, incomprendible, infinito en su entendimiento y voluntad y en toda perfección; el cual, siendo una sola sustancia espiritual, singular, absolutamente simple e incommunicable, debe ser predicado como distinto del mundo, real y esencialmente, felicísimo en sí y de sí, e inefablemente excelso por encima de todo lo que fuera de Él mismo existe o puede ser concebido.

Concilio Vaticano I, Dios, creador de todas las cosas, tercera sesión, 24 de abril de 1870: constitución dogmática *«Dei Filius»* sobre la fe católica

La creación manifiesta la bondad de Dios

Antonio Macaya Pascual

La creación no es sólo historia: es una declaración de amor, porque es un acto de la voluntad de un Dios distinto de su obra (eso posibilitó la ciencia), trascendente, personal y amante (dice, hace, descansa, ama... y todo con suma delicadeza).

LOS cielos proclaman la gloria de Dios (Sal 18). Los días y las noches, sin que hablen, sin que pronuncien, sin que resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pregón».

En la versión canónica del salmo, el verbo «proclamar» es la traducción del verbo hebreo *saphar*, que significaba originalmente grabar una marca, por ejemplo en una gran piedra, como signo de una victoria. Los cielos, la creación entera, son una marca grabada ante todos, imposible de ignorar, de la gloria y la bondad de Dios.

«¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre sobre los cielos! Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre?» (Sal 8).

El salmista, inspirado, se admira del cielo, de la luna y de las estrellas. Y después de admirarse, le surge una duda, una pregunta... ¿qué debe ser el hombre... «para que te acuerdes de él»? Porque Dios se acuerda siempre de cada uno de nosotros. Piensa constantemente en nosotros, movido por el amor que nos tiene.

Mirando al cielo y a las estrellas, a la majestuosidad del universo, surge otra pregunta del corazón del salmista: «y... ¿qué es el hijo del hombre para que le visites?».

Los Cielos, la creación entera, son una marca grabada ante todos, imposible de ignorar, de la gloria y la bondad de Dios.

Mirando los millares de estrellas en la noche, mirando el cielo y la luna, podemos pensar... ¿qué soy para ti, como para que hayas querido venir a verme? Dios no solo nos recuerda constantemente: nos visita y nos cuida, como visitó a Sara (Gén 21, 1), como visitó a la Santísima Virgen.

Dios nos ha visitado. Con el don de la vida, el don de una familia, el don de la fe, el don de la devoción a su Corazón, el don de Schola, el don de la Iglesia.

¿Has tomado alguna vez un papel y has apuntado todo lo que Dios ha hecho por ti?

Podemos hacerlo y añadir al final una última línea... «gracias por las incontables maravillas que has hecho por mí pero desconozco, que solo descubriré en la vida eterna.

Por ejemplo, las maravillas que has hecho por mí desde que empecé la creación».

Dice santo Tomás que la creación *ex-nihilo* sólo puede conocerse por revelación (I q46 a2).

Y la revelación enseña que el principio fue absoluto (Jn 1, 3; Col 1, 16; Ap 4, 11; 2 Mac 7, 28; Sb 11, 17; Rm 4). Dios pudo no crear nada, pero creó, básicamente, porque es bueno.

Por su bondad, «en el principio creó Dios los cielos y la tierra».

Nunca nadie había escrito nada antes de estas palabras, de parte de

Dios, para que Él se mostrara a sí mismo.

Movido por Dios, un hombre movió su mano y escribió primero: *bereshit*.

Es una palabra hebrea que significa «principio». No tiene artículo. Es algo absoluto. Antes de que haya días, antes de que haya tiempo.

Bereshit empieza por la letra **ב** (bet), no por la alef, la primera letra. No podemos entenderlo todo. Bet es una letra abierta hacia adelante. Moisés escribió con pictogramas, en paleohebreo, y para representar la bet dibujó una casa, una tienda de beduinos. ¿No llama la atención? **La Revelación empezó con el dibujo de una casa. La Creación es una casa, una morada, un hogar para que conozcamos al Señor y vivamos con**

Él. Dios creó el universo para poder vivir con nosotros.

Bereshit está formado por dos partículas: *be* y *ros*. *Be* significa «en, para, a través». *Ros* significa cabeza, inicio, primicias. Las primicias son muy importantes. Pensemos en la ofrenda de Abel: fue lo primero y lo mejor. Pensemos en nosotros: cada mañana hay que ofrecer lo primero y lo mejor, si no queremos que se nos caiga el rostro de pena y tristeza, como le pasó a Caín.

Dios, como primicia, creó.

El Padre, como primicia, engendró a su Hijo.

Si nos fijamos, las primeras letras de la revelación bíblica forman también la palabra *bar* (בר), que quiere decir «hijo» en hebreo y «rocío» en arameo. Cosa que no puede sino ad-

«En el principio creó Dios los Cielos y la tierra»

Algunos filósofos han dicho que todo es Dios, que el mundo es Dios, o que el devenir del mundo es el devenir de Dios (panteísmo); otros han dicho que el mundo es una emanación necesaria de Dios, que brota de esta fuente y retorna a ella; otros han afirmado incluso la existencia de dos principios eternos, el Bien y el Mal, la Luz y las Tinieblas, en lucha permanente (dualismo, maniqueísmo); según algunas de estas concepciones, el mundo (al menos el mundo material) sería malo, producto de una caída, y por tanto que se ha de rechazar y superar (gnosis); otros admiten que el mundo ha sido hecho por Dios, pero a la manera de un relojero que, una vez hecho, lo habría abandonado a él mismo (deísmo); otros, finalmente, no aceptan

ningún origen trascendente del mundo, sino que ven en él el puro juego de una materia que ha existido siempre (materialismo). Todas estas tentativas dan testimonio de la permanencia y de la universalidad de la cuestión de los orígenes. Esta búsqueda es inherente al hombre.

Catecismo de la Iglesia católica, 285



mirarnos. Antes de que acabe la palabra «principio», ya se insinúa que existía el Hijo, engendrado como el rocío antes de la aurora (Sal 109).

Dios es bueno porque quiso crear: *bara'* (בָּרָא) escribió Moisés. A diferencia de otros verbos hebreos que significan también «crear» (*'āšâ, yatzar*), *bara* quiere decir crear algo de la nada. Por eso, ese verbo no se predica ni de los hombres ni de los ángeles, ni de ningún otro ser. Sólo se predica de Dios, para referirse a la creación de los cielos y la tierra en el v.1, de los animales con alma sensitiva del 5º día... ¡y tres veces para la creación del hombre en el v. 17!

Que Dios es muy bueno se ve en que su obra es perfecta. Por eso el versículo 1 tiene 7 palabras. Eso indica también que el verbo anteceda al sujeto y sea pasado perfecto: es un acto acabado, completo, perfecto.

La creación se da en una sucesión armónica, fácil, sin oponentes ni posibilidad de detenerse o retroceder, sino que avanza con dignidad creciente a lo largo de 7 días.

Tres palabras del versículo 1 se repiten en múltiplos de 7, el número perfecto: Dios (Elohim) aparece 35 veces (7x5); cielos 21 veces (7x3); tierra 21 (7x3). El versículo 2 tiene 14 palabras (7x2). El 7º día tiene 35 palabras (7x5).

Todos estos datos no son curiosidades literarias. Él mismo inspiró este texto, que de formas diversas enseña que Dios es bueno, muy bueno, que todo lo hizo bien.

La fórmula: «y dijo Dios» aparece también 7 veces. Tres de ellas en la creación del hombre.

Admirablemente, Dios habla. El ser de Dios es dar vida, por eso su palabra –emanación de su entendimiento– es creadora. Dios crea hablando porque su pensar es su querer, y su querer es creador.

El verbo *daber* (דָּבַר) lo traducimos como palabra o hablar, pero su raíz también significa «cosa» u «objeto físico». Hay un vínculo interior entre el hablar de Dios y sus obras.

Más admirablemente aún: hay un nexo entre el hablar de Dios, las realidades que Él crea... y su mismísima morada. El *Sancta Sanctorum* o Morada de Dios en el Templo es llamado *dbir*, de la misma raíz. Figura de Cristo, que es la Palabra que habitó entre nosotros.

Dios es bueno, muy bueno. Por eso solo crea cosas buenas. Cada vez que hizo algo, Dios «vio que era bueno», manifestando la aprobación del amor divino (I q32 a1).

«Era bueno», se insiste seis veces en el texto. Y la séptima y última es más solemne (v. 31): «vio todo... y era muy bueno» (*tôb mē'ōd*). Su obra era perfecta, llena de su gloria. «Cada cosa puede ser llamada buena por bondad divina, como principio primero, ejemplar, efectivo y final de toda bondad» (I q46 a4).

«Bueno», en hebreo, se dice *tob*. Puede significar bueno, pero también bello, armónico, e incluso dulce, como dice el Cantar de los Cantares que son los besos del Amado.

Fue el Espíritu Santo quien movió a Moisés a dibujar *tob*, de derecha a izquierda, con estos signos:



Todo es Providencia. También los dibujos de Moisés en paleohebreo.

⊗ es un círculo con una cruz en su interior. Simboliza el seno de una mujer embarazada.

Y es el símbolo del Mesías... Y de un clavo...

La bet final ◀, como hemos dicho, es una casa, un hogar.

Dios es *tob*. Jesús dijo que sólo Él es bueno.

¿No es bellissimo que su bondad se simbolice en un seno materno del que sale el Mesías clavado para que estemos dentro de Él, como en casa, en familia?

Dios es bueno, es dulce, es bellissimo.

«Dad gracias al Señor porque es bueno (*Tob*)», nos sugiere el salmo 117.

«Dad gracias», *howdu*, viene de la raíz *yada*, que significa también arrojar, esparcir, confesar. Agradecerte, Señor, es esparcir, es arrojar palabras por el mundo, diseminar sentimien-

«Era bueno», se insiste seis veces en el texto. Y la séptima y última es más solemne (v. 31): «vio todo... y era muy bueno» (*tôb mē'ōd*).

tos de reconocimiento, confesar por todo lo que me has dado.

Porque una cosa es estar agradecido y otra distinta es dar el paso de manifestarlo, de dar gracias. El salmo no nos manda solo estar agradecidos, sino que nos exhorta a dar gracias de forma explícita, abierta, que confesemos, que digamos que damos gracias porque tu creación manifiesta que eres bueno.

Dios es bueno... Dios sólo crea cosas buenas. Y Dios crea muchas cosas buenas... y distintas...

«Dios mío, ¡qué grande eres! ¡Cuántas son tus obras, Señor!» (Sl 103). Este «cuántas» hace referencia no sólo al número de obras, sino también a su variedad, a su pluralidad. El salmo repasa la enorme variedad de criaturas, «todas hechas con sabiduría».

La diversidad inmensa que vemos ante nosotros es bellísima. No es una ilusión, como sugieren las ideologías materialistas y monistas de todo tipo. Una de las maravillas de la fe es que podemos contemplar y admirar multitud de realidades y pensar que son verdaderamente diversas. Que no estamos en un cosmos que es un todo que ahoga la pluralidad. La pluralidad es real, y se explica mejor como grados distintos de participación en el ser divino que es bueno, que ha querido que muchas otras cosas sean.

Dios es bueno. Todo lo que crea es bueno. Crea muchas cosas buenas y diversas. Además, lo que crea es cada vez mejor.

Lo último que se pone en un Templo es la imagen de Dios. Lo último que creó Dios es lo que más se le asemeja, lo que le recuerda más a toda la creación cómo es Dios. La cima de la creación es el hombre, y la base de la moral, la política y la educación es su dignidad sagrada. El alma es creada de la nada como imagen de Dios trino (I, q. 93).

Dijo Dios: «hagamos» (¡plural!, en el resto del texto siempre se usa el sin-

gular) «al hombre a imagen y semejanza nuestra». Imagen en hebreo es *betsalmenu*: *bet* alude a la esencia; *tselem* proviene de la raíz צל, «sombra». Significa que si viésemos la sombra de la esencia divina, veríamos al

La diversidad inmensa que vemos ante nosotros es bellísima. No es una ilusión, como sugieren las ideologías materialistas y monistas de todo tipo.

hombre. De la misma raíz proviene el nombre de *Besalel*, el constructor del Arca (Ex 31), a quien Dios le dio más sabiduría y justicia que a ningún otro. En hebreo moderno, *tselem* es una fotografía, por lo que en tono jocoso se podría decir que somos un *selfie* que Dios se hizo a sí mismo.

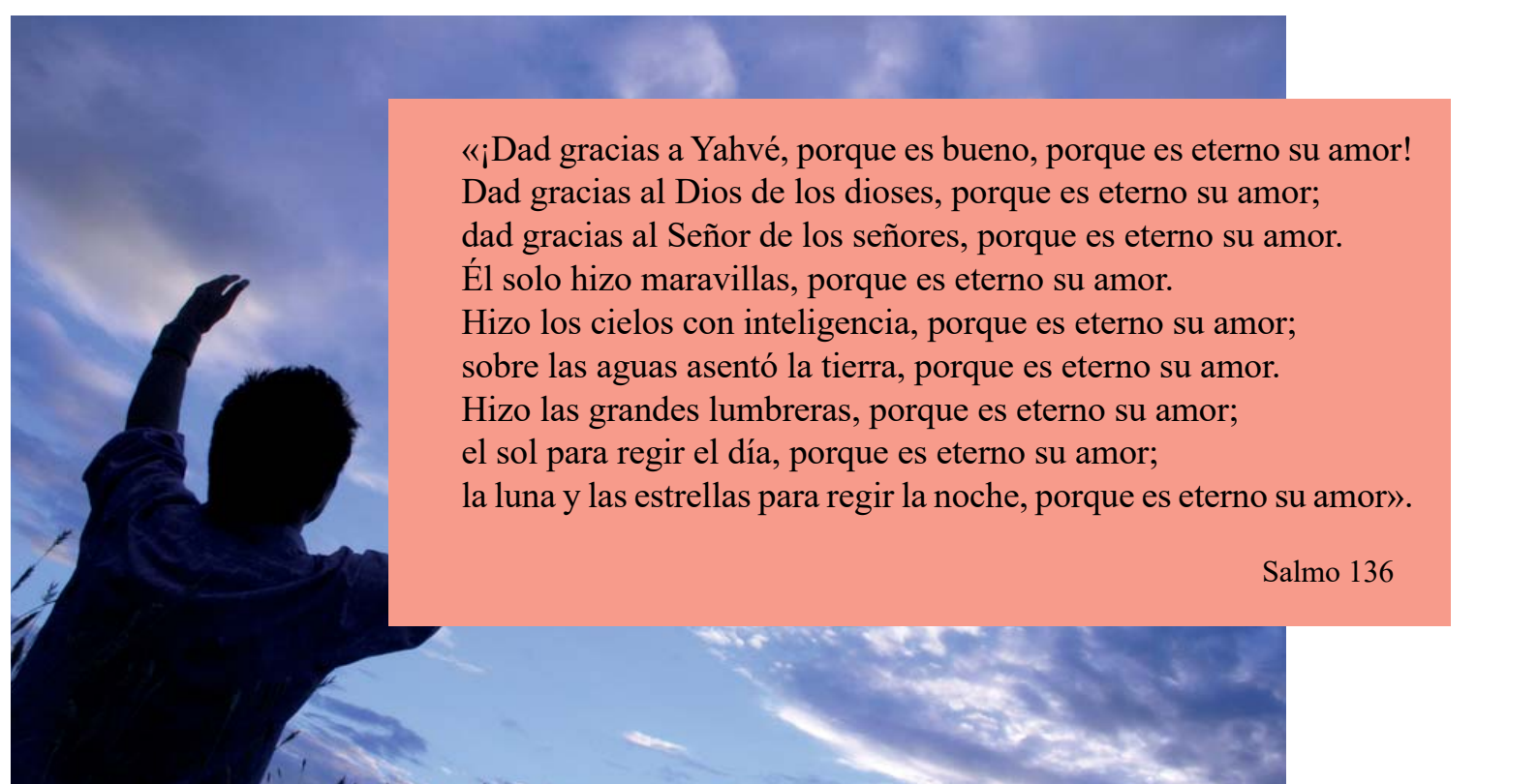
El primer hombre y mujer eran distintos, mejores, creados *praeter naturae ordinem* (STh Ia 105, 6), en gracia, perfectos, para poder ser principio de toda la humanidad.

Luego el fin de la creación es el hombre... pero el hombre fue diseñado para el Sábado, para el reposo, para el descanso, para la paz que se alcanza con el fin.

El trabajo no acabó el sexto día. Él sostiene su obra, y sigue sosteniéndola... Fijémonos que el séptimo día no tiene noche. Es así porque todavía estamos en el séptimo día. Ap 21 nos dice que el séptimo día acabará cuando Dios desvele un Cielo nuevo y una tierra nueva.

La Creación no es sólo historia: es una declaración de amor, porque es un acto de la voluntad de un Dios distinto de su obra (eso posibilitó la ciencia), trascendente, personal y amante (dice, hace, descansa, ama... y todo con suma delicadeza).

Dar gracias a Dios es muy importante y ayuda a vencer la acedia. Es bueno (otra vez la palabra *tob*) dar gracias a Dios, dice el salmo 91. «Es bueno y dulce –deber y placer coinciden– darte gracias y tocar para tu nombre. Proclamar en la mañana tu amor y tu fidelidad toda la noche. ¡Qué magníficas son tus obras, Señor, qué profundos tus designios!».



«¡Dad gracias a Yahvé, porque es bueno, porque es eterno su amor!
Dad gracias al Dios de los dioses, porque es eterno su amor;
dad gracias al Señor de los señores, porque es eterno su amor.
Él solo hizo maravillas, porque es eterno su amor.
Hizo los cielos con inteligencia, porque es eterno su amor;
sobre las aguas asentó la tierra, porque es eterno su amor.
Hizo las grandes lumbreras, porque es eterno su amor;
el sol para regir el día, porque es eterno su amor;
la luna y las estrellas para regir la noche, porque es eterno su amor».

Salmo 136

Panteísmo ecologista, la religión del igualitarismo

Jorge Soley Climent

Vivimos una época que, aunque haga gala de altisonantes consignas «humanistas», desprecia profundamente al hombre.

GIULIO Meotti en su reciente libro, *Il dio verde*, recoge lo sucedido en Islandia: en el lugar donde estaba el glaciar Okjökull tuvo lugar una ceremonia. A la misma asistieron la primera ministra islandesa, Katrín Jakobsdóttir y la ex comisaria de Naciones Unidas para los derechos humanos Mary Robinson, que celebraron allí un «funeral» por el glaciar, en el curso del cual depositaron una «carta al futuro» en la que pedían perdón a Gaia por el asesinato del glaciar. Un caso algo extremo, pero que se enmarca en un sinfín de gestos y actitudes con los que com-

parte una inspiración abiertamente panteísta.

Actitudes que, aunque desde una mirada superficial puedan mostrar similitudes con el cuidado de la creación al que estamos llamados todos los cristianos, se separan radicalmente de la cosmovisión cristiana, para la que esa creación que debemos cuidar y transmitir a las futuras generaciones está al servicio del hombre, único ser creado a imagen y semejanza de Dios.

Más bien se puede afirmar que ese tipo de actitudes reflejan una cosmovisión panteísta que da lugar a una



Acto de colocación de la placa en recuerdo del glaciar

redefinición absoluta de la relación entre Dios, el hombre y la naturaleza. Una visión que, en lo que algunos han caracterizado como «**panteísmo neoanimista**», **pretende volver a sacralizar la naturaleza, para lo que se hace necesario, antes que nada, desacralizar al hombre.** Y es que vivimos una época que, aunque haga gala de altisonantes consignas «humanistas», desprecia profundamente al hombre. El hombre ya no es más que otro animal, nos explican, con un ADN no muy diferente del de las moscas, cuando no un animal especialmente perverso y destructivo, un peligroso parásito. O bien, en una vuelta de tuerca más, el hombre es considerado como algo a ser superado por la tecnología, como sostiene la ideología transhumanista, que no ve en el hombre más que una materia bastante imperfecta. **No es casualidad que nuestra época contemple, al mismo tiempo, la eclosión del antiespecismo, que niega al hombre toda dignidad específica diferente de la del resto del reino animal, y la difusión del aborto u otros atentados contra la vida y la dignidad humanas.**

En efecto, lo que se conoce como ecología profunda (deep ecology, por contraste con la ecología superficial), niega que el hombre sea algo especial, tal y como pretende el relato bíblico. Es éste un ecologismo que tiene en el filósofo noruego Arne Naëss, muy influido por el panteísmo spinozista, a uno de sus referentes. Naëss, que teorizó este enfoque ya en los años 70 del siglo pasado, advierte abiertamente de que el principal adversario de la ecología profunda es el antropocentrismo derivado de la Biblia. Para Naëss, al contrario, el hombre no es más que una de las numerosas formas de la realidad viviente, sin ningún valor intrínseco

superior, un átomo de una naturaleza comprendida como la manifestación de una energía cósmica en perpetuo devenir y que anima a todos los seres vivos, hombres incluidos. En esta afirmación del carácter «viviente»

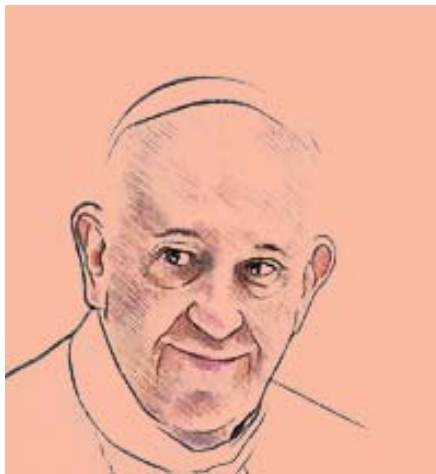
No es casualidad que nuestra época contemple, al mismo tiempo, la eclosión del antiespecismo, que niega al hombre toda dignidad específica diferente de la del resto del reino animal, y la difusión del aborto u otros atentados contra la vida y la dignidad humanas.

de la naturaleza, Naëss se sitúa en la estela de la célebre hipótesis Gaia de James Lovelock, quien en 1969 expuso esta teoría panteísta que toma su nombre de la diosa griega de la Tierra y que concibe nuestro planeta como un gran ser viviente que se autorregula. Por su parte, Naëss aboga por reemplazar la imagen del «hombre en su entorno» por una imagen total, en la que los organismos son «nudos en la red biosférica» en la que reina el igualitarismo, rechazando el «antropocentrismo» a favor del «igual derecho de toda forma de vida de vivir y florecer». Uno de sus colaboradores, George Session, ha expuesto el trasfondo filosófico de estas teorías, que presenta como un reto al «persistente antropocentrismo ético y metafísico que ha dominado la cultura occidental desde sus inicios con el humanismo griego y la tradición judeocristiana».

Desde esta perspectiva, que rechaza tanto la existencia de un Dios creador diferente de lo creado como la singularidad del hombre creado a

su imagen y semejanza (lo que califican como antropocentrismo), el principal enemigo de ese ente cósmico que a veces llaman Gaia sería el cristianismo. En palabras de otra figura del ecologismo profundo, Aldo Leopold, «la ecología es incompatible con nuestra idea abrahámica de la Tierra». Como denuncia Laurent Larcher, «el cristianismo, en la ecología, es la religión a superar para (re)encontrar el sentido de la naturaleza». El teólogo y ex sacerdote Eugen Drewermann llega a afirmar la perversidad de una revelación en la que Dios impone al mundo su voluntad de poder para someterlo en beneficio de su niño mimado, el hombre.

En buena lógica, sabedores de que sólo se elimina aquello que se sustituye, estos ecologistas superan el mero cuidado de la naturaleza, que consideran inútil si no se quiebra el marco mental cristiano, y promueven abiertamente un nuevo panteísmo marcado por lo que llaman la «trascendencia ecológica», que ya no tiene como referencia a Dios, sino a la «Naturaleza». Surge así una nueva religión no cristiana que incorpora también elementos propios de un milenarismo carnal y materialista: la ansiada salvación que anuncian es terrenal, colectiva, inminente y total, transformando la vida sobre la tierra de manera radical cuando comprendamos que el único camino es nuestra disolución en la Naturaleza. Una apuesta que puede llegar a ser extrema, como en el caso de «Movimiento para la extinción voluntaria de la especie humana», que como mal menor acepta una estricta limitación de la población de la que, en palabras del Frente de Liberación Animal recogidas por Kevin Toolis, es una «especie nazi», la especie humana. Pero



El Señor «nos ha dado toda la tierra». La creación es a la vez un «don» y una «tarea». Dios dice a los hombres: «Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en todo animal». Dios, es decir, «ha dado la realeza: el hombre es un rey. Es el que domina. Así lo quiere el Señor: no lo quiere esclavo, lo quiere señor». ¿Y qué implica esta señoría? conlleva «la tarea de llevar adelante la creación», es decir, «un trabajo».

Papa Francisco, misa matutina en la capilla de Santa Marta (10/2/2017)

si estas propuestas se sitúan aún en el extremo de la ventana de Overton, fuera aún de lo universalmente aceptado, otras inspiradas por la misma mentalidad están ya plenamente asumidas. Como por ejemplo los reveladores cambios en las costumbres funerarias, reflejo implícito de nuestra concepción del ser humano, que después de la generalización de la incineración ahora está viendo abrirse paso a lo que llaman «enterramientos naturales», que en palabras de Ken Warpole «buscan crear cementerios que se fusionen con un paisaje no alterado por el hombre lo más rápido posible, retornando a un “estado de naturaleza”, como si la presencia humana en la tierra nunca hubiera sido». Este historiador de la arquitectura, que fue uno de los editores del informe del Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos, explica así el «impresionante radicalismo» de esta propuesta: «Desde hace al menos 2.000 años, una de las principales funciones del entierro y del ritual funerario (desde las inscripciones y epitafios de las catacumbas romanas hasta las lápidas en la época de la Ilustración) ha sido dejar, en la medida de lo posible, un registro permanente para la posteridad de cada vida individual vivida. El enterramiento natural rechaza esta función. Esto sugiere que el fuerte deseo de “ser uno con la naturaleza” y no dejar señal alguna de enterramiento es un fenómeno moderno, al menos dentro de la cultura occidental, que forma parte de un nuevo y singular tipo de conciencia ecológica». **Estamos, pues, ante un cambio social profundo, fruto de este nuevo panteísmo ecologista, que expresa el convencimiento de que el ser humano individual es intrascendente y que refleja su visión**

de la existencia humana como una mera perturbación momentánea del orden natural, una irritación en la superficie de la Tierra.

Resulta evidente, pues, que el ecologismo dominante, influido en mayor o menor grado por el «ecologismo profundo», desemboca en un panteísmo que aspira a reemplazar la concepción bíblica de Dios, del hombre y de la naturaleza creada. Un fenómeno ante el que cabe preguntarse si se trata de un mero accidente o si, por el contrario, se puede trazar una lógica coherente con otras manifestaciones propias de la modernidad. Para responder a esta pregunta recurriremos a Alexis de Tocqueville, quien nos dejó unas iluminadoras y proféticas

El ecologismo dominante, influido en mayor o menor grado por el «ecologismo profundo», desemboca en un panteísmo que aspira a reemplazar la concepción bíblica de Dios, del hombre y de la naturaleza creada.

reflexiones en las que argumentaba que el panteísmo es el resultado lógico de la mentalidad democrática que vio nacer y que retrató con tanta finura en su obra *La democracia en América*.

Allí Tocqueville explica que una era democrática, marcada por la igualdad, provoca que los hombres aborrezcan los poderes religiosos no emanados de sí mismos. Además, la búsqueda de la unidad, que a algunos llevará al catolicismo, dirigirá a los más hacia el panteísmo. Escribe Tocqueville que «El hombre está obsesionado con la idea de la unidad. La busca en todas las direc-

ciones; cuando cree haberla encontrado, se echa de buena gana en sus brazos. No contento con descubrir que no hay más que una creación y un Creador, todavía se irrita por esta división primaria de las cosas y busca ampliar y simplificar su pensamiento, encerrando a Dios y al universo en una sola entidad. Si existe un sistema filosófico según el cual las cosas materiales e inmateriales, visibles e invisibles deben ser consideradas sólo como las partes separadas de un ser inmenso que es el único que permanece eterno en medio del movimiento continuo y del cambio constante de todo lo que está dentro de él, no tengo dificultad en llegar a la conclusión de que un sistema así, aunque destruya la individualidad humana, o más bien porque la destruye, tendrá secretos

atractivos para los hombres que viven en una democracia».

El panteísmo, en su igualitarismo cósmico, ofrece singulares paralelismos con esa mentalidad democrática que Tocqueville veía expandirse en América. Si el cristianismo distingue entre el mundo y su Creador, el panteísmo borra esa última desigualdad, disolviendo a Dios y el mundo en una sola entidad. De este modo, no hay ya ninguna persona u objeto trascendente por encima o fuera de mí, a quien deba obediencia o reverencia, algo que aborrece la mentalidad democrática tal y como la disecciona Tocqueville. La filósofa francesa **Chantal Delsol**, comentando recientemente esta cuestión, resume la cuestión ponderando el acierto de su compatriota al tejer un vínculo entre el gobierno sobre los iguales y el pan-

teísmo: «La uniformidad de los hombres en democracia produce entre ellos una empatía secreta. **No aman a los gobernantes, pero sí al poder central: les gusta la parte anónima del poder. En el panteísmo no hay un poder con nombre propio. Todos son iguales y están en empatía universal inmersos en un todo innominado.** El capítulo de Tocqueville sobre el panteísmo es a la vez breve y abrumador. Inquietante, porque pinta nuestro futuro y parece acertar. A principios del siglo XXI, la ecología se ha convertido en una religión, y esta religión es panteísta».

Aquello que se vislumbraba hace dos siglos es ya una realidad: un panteísmo ecologista contrario a la Revelación y acorde con el igualitarismo dominante que se presenta como algo autoevidente.

La idolatría ecologista

No se nos escapa que el ecologismo es, como todos los «ismos» o subproductos ideológicos modernos, un sucedáneo religioso, para el que la tierra (o, si se prefiere, la naturaleza, que en ningún caso se denominará creación) se erige en nuevo dios al que se rinde adoración (del mismo modo que otros rinden adoración a la ciencia o a las leyes de mercado). Para esta idolatría ecologista, los animales son seres dotados de la misma dignidad que el ser humano (y, por lo tanto, titulares del mismo batiburrillo grotesco de derechos); y los parajes naturales deben conservarse incólumes y por supuesto (en caricatura azufrosa del pasaje de la expulsión del Edén) no hollados por el hombre, al que se considera una especie maléfica que debe ser reducida, a ser posible hasta la consunción (de ahí que este ecologismo idolátrico y el antinatalismo vayan siempre juntos de la mano). Muy acorde con su naturaleza de sucedáneo religioso resulta, por ejemplo, que el ecologismo, al alertarnos sobre los peligros del cambio climático, emplee un lenguaje apocalíptico paródico del que empleó el Visionario de Patmos.

Juan Manuel de Prada, *XL Semanal*, sábado, 23 de mayo de 2015

El concepto de naturaleza en el panteísmo

Antonio Prevosti Monclús

La filosofía panteísta de Spinoza ha tenido una influencia decisiva en la concepción del mundo y de la política de nuestro mundo moderno.

COMO Francisco Canals no se cansó de repetir, detrás del pensamiento político liberal y las actuales concepciones sobre el estado y la democracia, se encuentra la filosofía panteísta de Spinoza. De hecho, no es sólo en lo político, sino en la entera visión del mundo característica de nuestra época, que el panteísmo ha tenido una influencia decisiva. La naturaleza humana, el sentido de la vida, la práctica de la religión, todo ello se altera a consecuencia de la identificación espinozista de Dios y la naturaleza. En particular, nos va a interesar ahora lo que ocurre con el concepto de naturaleza y qué se sigue de él.

La tesis principal de Benito Spinoza (1632-1677) es que no existe más que una única substancia y que esta substancia es Dios o, lo que es lo mismo, la naturaleza. Si la única substancia es Dios, ello significa que cualquier otra cosa de las que comúnmente distinguimos en el mundo, un ser particular cualquiera, como un árbol, una piedra o un ser humano, no son substancias sino modos de ser de algo

otro, es decir, de la única substancia que es la naturaleza o Dios. Conforme a la manera espontánea de ver las cosas, en la tradición aristotélica, asumida por santo Tomás, son substancias el agua y el aire, los árboles, los animales, etc., y son accidentes los colores, las cantidades, las relaciones, los movimientos, etc., que no existen por sí, sino en cuanto están presentes en un sujeto, que es la substancia. Por el contrario, en la teoría de Spinoza nosotros somos como afecciones transitorias y parciales de Dios, enteramente dependientes de Él.



Baruch Spinoza (1632-1677)

Hay que notar, para no interpretarlo mal, que Dios no tiene entendimiento ni voluntad según Spinoza, aunque su esencia sea «pensamiento», a la vez que también «extensión». Kant ha dicho que hay que considerar esta concepción como ateísmo, ya que lo que se llama Dios no es un ser personal, precisamente porque no tiene entendimiento ni voluntad. **Este supuesto Dios de Spinoza no es, pues, otra cosa que la naturaleza.**

¿Qué significa exactamente la identificación panteísta de Dios con la naturaleza? Ante todo, hemos de tener en cuenta una distinción del propio Spinoza, que se ha hecho famosa, entre la naturaleza como «naturante» (*natura naturans*) y la naturaleza «naturada» (*natura naturata*). Estas expresiones significan: la naturaleza como productora y la naturaleza como producida. Es la primera la que se identifica con Dios, mientras que la segunda no es sino el conjunto de todas las cosas que, de modo necesario, son causadas por Dios, existen en Dios y no pueden ser ni ser concebidas sin Dios. La idea especial de Spinoza es que el mundo, ese conjunto de todas las cosas que vemos producirse y que habitualmente denominamos naturaleza, no es un mero agregado de una pluralidad de seres individuales, sino que tiene una unidad real por ser el conjunto de las afecciones de una única y la misma substancia. Ello significa que todas dependen de una misma realidad fundamental, a modo de efectos producidos por ella. Las cosas, incluso en su conjunto, no son más que producidas por la naturaleza (*natura naturata*): su ser es dependencia de un productor. Son como las ramas, las hojas y las flores de un arbusto, pero el arbusto mismo, que es lo que las nutre, las engendra y las mueve es

algo distinto a todas ellas. Mientras que las cosas se limitan unas a otras en el espacio o en el pensamiento, dicha realidad fundamental no es limitada por nada, sino que es infinita y por eso recibe el nombre de «Dios». Este Dios, causa de todas las cosas finitas, no es sin embargo un creador inteligente, todopoderoso y trascendente, sino que es una causa ciega, inmanente y que obra por pura necesidad.

La concepción espinosista de la naturaleza se inserta en el mecanicismo generalizado de la modernidad.

La concepción espinosista de la naturaleza se inserta en el mecanicismo generalizado de la modernidad. El hombre moderno, que con sus nuevos conocimientos físico-matemáticos ha desarrollado admirablemente el arte de producir máquinas de todo tipo, cuando se vuelve hacia la naturaleza, la ve igual que una máquina. Todo lo reduce a extensión y movimiento local. El mundo es una máquina, el cuerpo humano es una máquina, y se explican uno y otro puramente por las leyes de la materia, que son las funciones matemáticas que rigen el movimiento de los cuerpos. El orden natural es un orden geométrico. No hay cualidades: los colores, los sabores, los sonidos, son reacciones subjetivas en la percepción de los movimientos de la materia. **No hay finalidad:** la relación causa-efecto es puramente necesaria de manera que simplemente lo anterior determina lo posterior. Ahora bien, en esta concepción ocurre algo muy grave con el concepto de naturaleza: la palabra se sigue usan-

do, pero el concepto ha cambiado. De hecho ha desaparecido el concepto original, tan fundamental, que es un concepto de ser, y ha sido substituido por otro, el de la constitución de las cosas como mecanismo, como compuesto y ensamblaje de partes.¹

Para comprender este cambio, hemos de detenernos un momento y poner a la luz algunos aspectos básicos del concepto mismo de naturaleza y de los usos del término. Ante todo, es necesario tener clara y siempre presente una distinción radical entre dos sentidos diferentes que, desde los griegos hasta nosotros mismos, damos usualmente a esta palabra. Hablamos, por un lado, de «la naturaleza de la luz», «la naturaleza humana», «la naturaleza divina», etc., con lo que nos referimos al ser de cada cosa, es decir, a su esencia, lo que cada cosa es. Por otro lado, en expresiones como «ser un amante de la naturaleza», «estudiar la naturaleza» o «que algo existe en la naturaleza», etc., nos referimos al conjunto de los seres. La diferencia entre estos dos sentidos, uno formal y el otro material y colectivo, es importante siempre que queramos captar correctamente los conceptos que hay detrás de las palabras, y concretamente, el sentido en que se dice que algo es natural o contra natura, o que es natural como opuesto a artificial, o lo que es el derecho natural frente al derecho positivo, etc. Conviene saber, además, que entre ambos, el sentido primario no es el colectivo, sino el que se refiere a la naturaleza como esencia de una cosa. El uso de la palabra «naturaleza» como conjunto de seres es en cambio un sentido derivado y secundario, al que

1 V. p. ej. Descartes: «cuando digo: mi naturaleza, en particular, entiendo sólo la complejidad o ensamblaje de todas las cosas que Dios me ha dado». (*Meditaciones metafísicas* Med. 6^a; A.T. VII, 79).

por ejemplo Aristóteles ni siquiera prestó atención.

En segundo lugar, debe saberse que en el primer sentido, la naturaleza como esencia de una cosa, no se trata meramente de la esencia como lo que la cosa es, sin más. Lo que la noción de naturaleza implica es que la esencia de la cosa gobierna de alguna manera el comportamiento de la misma. La actividad de las cosas, al igual que sus pasividades, depende intrínsecamente de lo que ellas son: de su naturaleza. El león ruge, caza, se reproduce, según las formas que le marca su ser de león; el hierro se oxida, se funde, se dobla, según pertenece a la naturaleza del hierro. La idea de naturaleza es la de la conexión entre la esencia y el obrar de las cosas, entre el ser y el movimiento. Lo cual significa que el ser tiene un cierto carácter «legislativo», es decir, fundamento de leyes, sean estas naturales o morales. Las leyes que rigen el curso de los astros o el movimiento de las partículas subatómicas, están fundadas en el ser de dichas cosas. Asimismo, aunque en otro orden, la ley moral natural está fundada en la naturaleza huma-

na, en lo que es ser humano, por lo cual ciertas actividades, ciertos comportamientos y ciertos modos de vivir le son propios y constituyen lo que le realiza plenamente como humano.

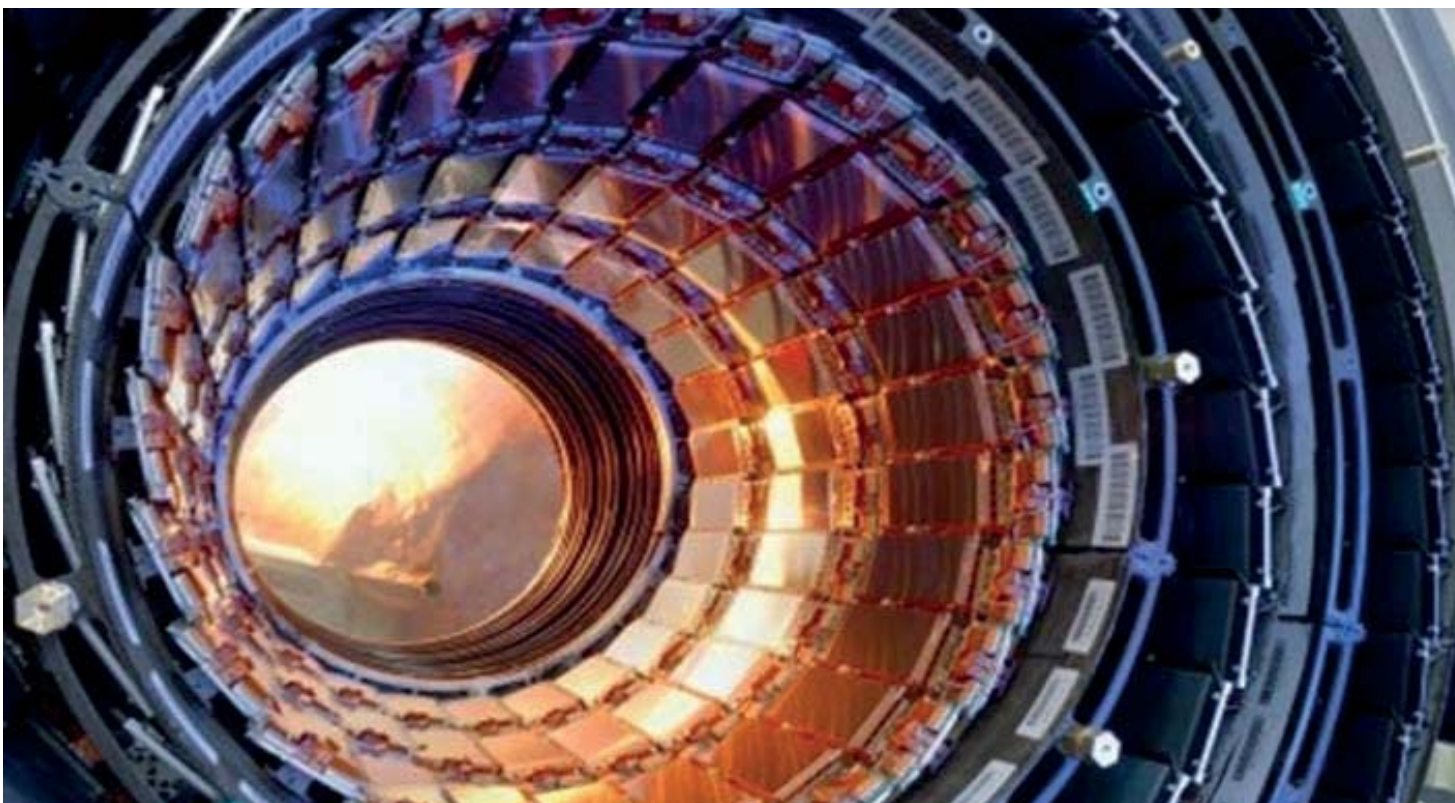
El mecanicismo también habla de leyes y, de alguna manera, su concepto de la naturaleza no es sino el del conjunto de leyes que rigen la

En el panteísmo spinosista el comportamiento de todas las cosas está absolutamente determinado.

materia, o bien simplemente la materia misma en cuanto gobernada por dichas leyes. Ahora bien, las leyes de que habla el mecanicismo son leyes matemáticas, geométricas, son las leyes de la cantidad. El Dios de Spinoza, su Naturaleza naturante, es en realidad la razón geométrica, por no decir simplemente: la geometría, pues no es otra cosa la mecánica. Siendo todas los seres corpóreos meros mecanis-

mos, carecen de una unidad intrínseca, no tienen tampoco esencia, a no ser como algo puramente accidental. Así es como se pierde la noción tradicional de naturaleza y la conexión entre el ser y el movimiento. El comportamiento de las cosas se rige ahora por leyes que les son extrínsecas, como meramente impuestas desde fuera, y no como brotando de la cualidad y manera de ser de cada ente.

Centrándonos en el panteísmo spinosista, además hay que añadir que el comportamiento de todas las cosas está absolutamente determinado, de tal modo que no queda ningún lugar a lo azaroso ni a lo contingente. En la proposición XXXIII de su *Ética demostrada en orden geométrico*, escribe: «Las cosas no han podido ser producidas por Dios de ninguna otra manera ni en ningún otro orden que la manera y el orden en que han sido producidas.» Y para acercarnos más al orden humano, notemos que en la proposición anterior ya había afirmado expresamente: «La voluntad no puede ser llamada causa libre, sino solo causa necesaria.» No hay libertad en el alma por lo mismo que no la



hay en el cuerpo, ya que para Spinoza entre los procesos del pensamiento en el alma y los procesos materiales del cuerpo hay no sólo una perfecta correspondencia, sino que en realidad son lo mismo, sólo que entendidos de dos maneras, en dos perspectivas diferentes.² El cuerpo humano no es más que «una cierta proporción de movimiento y de reposo»;³ en consecuencia, el alma humana no es más que un cierto flujo de pensamientos encadenados según leyes tan necesarias como las del cuerpo. La consecuencia inmediata de este absoluto determinismo es la desaparición del orden moral.

Los hombres, como todos los seres, estamos en definitiva dominados por la naturaleza que nos engendra, la cual tiene sobre nosotros, en palabras de Spinoza, un poder total y un derecho absoluto. En el *Tratado teológico-político*, cap. XVI, dice literalmente así: «La naturaleza tiene un derecho soberano sobre todo lo que está en su poder.» Dicho poder universal de la naturaleza no es otra cosa que el poder de todos los individuos tomados juntos. Puesto que el individuo ha sido vaciado de consistencia en sí, ya que se le ha negado el ser sujeto, no es más que una marioneta movida por los hilos de la necesidad ciega y férrea de la naturaleza.

Sin duda, Spinoza no es el único representante del panteísmo en la modernidad. **En el idealismo alemán, los sistemas de Fichte, Schelling y Hegel también deben ser calificados como panteístas.** A título de ejemplo, para Schelling la naturaleza no

es sino el todo de los objetos no meramente como producto, sino como productivo, es decir, la «identidad del producto y la productividad.»⁴ Ahora bien, según él, esa naturaleza es Dios, como un «eterno nacimiento de Dios

Lo que hace realmente es substituir el verdadero Dios trascendente y personal por una principio inmanente e impersonal, la naturaleza.

en las cosas y una reasunción, igualmente eterna, de esas cosas en Dios, de tal manera que, considerada esencialmente, la naturaleza misma no es sino la plena existencia divina, o Dios considerado en la efectividad de su vida y en su autorrevelación.»⁵

Aunque puede parecer que el panteísmo quiere respetar la idea de Dios y persigue algo verdadero, ya que busca un principio unitario de la realidad y lo llama Dios, sin embargo **lo que hace realmente es substituir el verdadero Dios trascendente y personal por una principio inmanente e impersonal, la naturaleza, algo que realmente no puede ser Dios, y así prepara inmediatamente la desaparición de la idea de Dios y la suplantación de éste por el mero Todo, que en definitiva no es sino la multitud**

4 «En tanto que ponemos el todo de los objetos no meramente como producto, sino necesariamente a la vez como productivo, se eleva para nosotros a naturaleza, y esa identidad del producto y la productividad, y no otra cosa, se denomina incluso en el uso común del lenguaje con el concepto de naturaleza». *Introducción al esbozo de un sistema de la filosofía de la naturaleza* -1799- S. W. III, § 6.

5 *Exposición de la verdadera relación entre la filosofía de la naturaleza y la doctrina corregida de Fichte* -1806- en S. W. VII, p. 59.

despojada de toda referencia a una finalidad, a un bien común, a un sentido. La Naturaleza naturante de Spinoza acabará cediendo ante la naturaleza naturada, y el principio de unidad se desvanecerá rápidamente.

Condena del panteísmo, naturalismo y racionalismo absoluto

«No existe ningún Ser divino, supremo, sapientísimo, providentísimo, distinto de este universo; y Dios no es más que la naturaleza misma de las cosas, sujeto por tanto a mudanzas; y Dios realmente se hace en el hombre y en el mundo, y todas las cosas son Dios, y tienen la misma idéntica substancia que Dios; y Dios es una sola misma cosa con el mundo, y de aquí que sean también una sola y misma cosa el espíritu y la materia, la necesidad y la libertad, lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto» (tesis condenada).

Pío IX,
Syllabus

2 *Ética II*, proposición 7: «El orden y la conexión de las ideas son los mismos que el orden y la conexión de las cosas», y en el escolio: «Un modo de la extensión y la idea de este modo son una sola y la misma cosa, aunque expresada de dos maneras».

3 *Tratado breve*, Apéndice, II, 14.

El panteísmo y sus consecuencias en la vida social

Raúl Ahrens

Es innegable que la sociedad de hoy es profundamente panteísta: una sociedad caracterizada por un igualitarismo ilógico y antinatural; una sociedad que pretende negar toda diferencia y pretende defender una absurda uniformidad, es una sociedad que, por necesidad lógica, debe erradicar al otro.

Los grandes intelectos que Dios ha dado a la humanidad tienen, entre otras cualidades, la capacidad de sintetizar en sentencias de mínima extensión, verdades fundamentales y universales, que si se captaran intensivamente en toda su universalidad, nos ahorraría varios años de estudio. Podríamos considerar a este respecto, dos ejemplos ya clásicos de sentencias de este tipo, pertenecientes a **Aristóteles: el alma es, en cierto modo, todas las cosas; y todo hombre desea por naturaleza conocer.** Pero creemos que hay un juicio semejante a los anteriores que no se ha considerado en toda su maravillosa potencia intelectual y que, nos parece, deberíamos tener siempre presente en nuestras inteligencias a la hora de reflexionar sobre cualquier asunto. Dice **santo Tomás**, al comienzo de la cuestión disputada sobre la verdad que *Illud autem quod primum intellectus concipit quasi notissimum et in quod conceptiones omnes resolvit est ens*. Lo primero que concibe el in-

telecto como lo más cognoscible es el ente. Y notemos sobre todo el final de la frase: «y en lo cual resuelve todas sus concepciones es el ente».

Es esto último lo que queremos tomar en cuenta para nuestra presente reflexión: es en el ente, entendido por la inteligencia, en lo cual se funda toda concepción posterior. Toda captación intelectual, desde la demostración de la existencia del intelecto agente, hasta el juicio por el cual decidimos poner ajo y aceite a nuestra tostada por la mañana, se funda en la captación del ente. Por eso, el mismo santo Tomás, en unos de sus primeros escritos, manifiesta que, porque un pequeño error en el principio es grande al final, y el ente y la esencia son lo que primero capta el entendimiento, es necesario aclarar estas nociones para no errar en todo lo demás.

Cualquier error en la noción de ente produce grandes errores posteriormente, por ejemplo, el panteísmo. Queremos mostrar ahora cómo el deletéreo error del panteís-

mo está fundado en un error en la noción de ente. **En particular, en el olvido, voluntario o no, de unos de los modos generales del ente: el *aliquid*.**

Al comienzo del *De veritate* I, 1, una de las más grandes páginas de la metafísica, santo Tomás explica cómo el nombre de ente no manifiesta explícitamente todos sus modos. Los modos generales del ente son aquellos que competen a todo ente. Es decir, hay ciertas cosas que se pueden decir de absolutamente todo lo que es, desde el erizo hasta Dios. Y así, por ejemplo, se puede decir que todo lo que es es ente; el erizo es ente y Dios es ente. Y también que todo lo que es es verdadero. El erizo es verdadero y Dios es verdadero. Por tanto, el nombre verdadero es tan extenso en su significación como el nombre ente. Pero el nombre verdadero expresa algo que no expresa el nombre ente, aunque esté en él presente: a saber, su adecuación con el entendimiento. Y por eso decimos que verdadero es el ente en cuanto cognoscible.

Ahora bien, el ente se puede considerar en sí mismo, de manera absoluta, o en relación a otro, de manera relativa, según el orden de uno a otro. Lo cual es notable, pues esto implica que no puede haber ente si no hay un otro. En la misma

noción de ente, en su núcleo inteligible y entitativo más radical y profundo, aparece el otro. *Aliquid*, que se traduce como algo, significa otro que (*aliud quid*), otra esencia. Esto es evidente en la creación, que es múltiple. Pero si Dios no hubiese creado, tampoco estaría solo, pues Dios es tres personas. San Juan Pablo II, a propósito de la vida íntima trinitaria de Dios, decía que Dios es familia, Él es en sí mismo una familia, (el Padre, el Hijo y el Amor personal entre ambos) y la familia es lo máxima-

mente contrario a la soledad. Volveremos sobre este punto al final.

El ente es uno en cuanto es en sí mismo indiviso y el ente es algo en cuanto, en orden a otros está dividido o separado o se distingue. Es decir, si hay ente, o ser, necesariamente hay alteridad. Si hay algo, necesariamente hay otros. Por tanto, es claro que el error panteísta se funda en una noción errada del ente, es decir, falla en aquello más evidente al intelecto (lo cual deja al panteísta en el último lugar en la escala de las



mentales pensantes...). Dicho de otro modo, el panteísmo niega el ser o, si se prefiere, el panteísmo consiste en afirmar que el ser es el no ser. Es una negación directa del principio

Una sociedad que viva fundada en el igualitarismo está condenada al infierno, que es el reino del yo sin otros, sin el otro, la soledad radical que es el máximo mal del ser personal.

de no contradicción, pues si se niega el *aliquid*, es decir, si se niega la distinción en la realidad, se niega el ente o el ser. Pero si se niega el ser se afirma a la vez que existe y que solo existe el ser, entonces se niega toda posibilidad de realidad y de pensamiento. Por eso, pocas cosas son más absurdas, irracionales, antimetafísicas, y contrarias a un sano sentido común, que sostener el panteísmo. Decir que Dios y la naturaleza no se distinguen es en sí mismo contradictorio, porque esto implica que el ser y el no ser son lo mismo.

En otro nivel del asunto, podríamos considerar una dimensión práctica del panteísmo. En efecto, quizás hoy pocos sostengan el panteísmo teóricamente considerado (hasta donde sé, nadie se enorgullece de ser seguidor o discípulo de Baruch Spinoza o, en humilde castellano, Benito Espinoza). Pero es innegable que la sociedad de hoy es profundamente panteísta: una sociedad caracterizada por un igualitarismo ilógico y antinatural; una sociedad que pretende negar toda diferencia y pretende defender una absurda uniformidad, es una sociedad que, por necesidad lógica, debe

erradicar al otro (pensemos en la «cultura» *woke*, o como se llame, que consiste en cancelar al diferente, al que no «piensa» según el pensamiento único). El mundo de hoy, en el que nos toca santificarnos y que, dicho sea de paso, no es nuestro mundo, ha olvidado al otro, porque funda sus juicios en un error, que consiste en no entender y amar toda la perfección del ente. Ha olvidado o querido olvidar al ser y, en última instancia, a Dios y, como lo ha olvidado, no puede amarlo. Es decir, lo desprecia. Desprecia a Dios, el otro por antonomasia y desprecia a los otros. Por eso, en la sociedad del siglo XXI lo único que va quedando es el yo. Solo existo yo, no el otro. Solo valgo yo y lo que yo decido. No el otro. Solo existo yo, no Dios. O, si se prefiere, como lo prefiere el panteísmo o Satanás, o Marx o Nietzsche o la ONU, o la mayoría de los gobiernos actuales, yo soy Dios. En realidad, como dice el Eclesiastés (1, 9), no hay nada nuevo bajo el sol. Esto es tan viejo como el pecado de Adán, que pretendió igualarse a Dios, en un acto de máxima e inconcebible estupidez.

Por estas razones, el sentimiento predominante en la sociedad de hoy (y nótese que decimos «sentimiento» con mucha conciencia) pretende igualar antinaturalmente la autoridad legítima y el súbdito, a los padres con los hijos, al varón con la mujer y en última instancia, al hombre con Dios, cuya negación, como decíamos, es el más radical olvido del otro.

Y por estos falsos razonamientos, fácilmente se puede llegar a identificar el mal con el bien y la ley objetiva de orden natural con la sensibilidad subjetiva que pretende erigirse como fundamento del buen actuar (el mundo actual no ha negado la

moral, la ha reemplazado; no ha olvidado la religión, la ha reemplazado. Pensemos simplemente en la sacralidad de la vacuna anti coronavirus y, al menos en Chile, la sacralidad de la mascarilla...)

En esta mezcla panteísta en la que desaparece la perfección del otro, la perfección de cada cosa que tiene ser en el universo, lo que máximamente se relega al olvido es la perfección de la persona, humana o divina, porque la persona es lo máximamente distinto de todo lo demás. Dicho en un mal castellano, la persona es lo más otro, lo más otro que, pues por su perfección se distingue máximamente de todo otro ente. Por lo tanto, el panteísmo destruye directamente la perfección personal, al suponerla no como algo otro, sino como una realidad asimilable a cualquiera.

Por esto, la principal consecuencia práctica del panteísmo es una profunda soledad. Lo único que se puede esperar si el panteísmo fuese verdad es la suprema desesperación de la más radical soledad. Y una so-

En esta mezcla panteísta en la que desaparece la perfección del otro, la perfección de cada cosa que tiene ser en el universo, lo que máximamente se relega al olvido es la perfección de la persona, humana o divina, porque la persona es lo máximamente distinto de todo lo demás.

iedad que viva fundada en el igualitarismo está condenada al infierno, que es el reino del yo sin otros, sin el otro, la soledad radical que es el máximo mal del ser personal.

Al negar al otro y su perfección personal por la cual es distinto de mí (la mujer, por su perfección que el varón no posee, es distinta de aquél) lo destruyo y, por tanto, me quedo solo: sin Dios y sin los demás hombres. Por eso, la destrucción de la familia, que es la máxima unión de los distintos, el remedio para la soledad, va tan aparejada con la negación de Dios. Esto lo tenía claro Marx, por ejemplo, quien pretendía destruir la familia para destruir a Dios.

Y así, en un universo en el que no hay otros y en el que, por conclusión lógica, solo existo yo, solo hay soledad. Y donde solo hay soledad, no puede haber caridad. **La comunidad humana actual es una sociedad en la que no hay caridad y en la que no puede haber caridad sencillamente porque no hay otros sobre los que pueda recaer ese amor.** Es imposible que ame al otro si niego su existencia, porque no puedo amar lo que no existe. Pensemos nuevamente en Satanás, que se amó a sí mismo, como si Dios no existiera, pero no porque negara su existencia (el diablo, que en definitiva es una inteligencia muy superior a la del hombre, no es tan burdo como para negar la existencia de Dios, como un simple ateo), sino por despreciar su perfección.

Al final de los tiempos se enfriará la caridad y hoy, los hombres no tienen a quien amar. Por el pecado, nos amamos desordenadamente a nosotros mismos y nos olvidamos del otro. Al final, la metafísica no es una especulación extraña para algunos tipos raros. En esto consiste, entre otras cosas, la síntesis entre fe y razón.

«La negación de toda diferencia»

No reconozco ninguna diferencia entre los hombres y los demás individuos de la naturaleza, ni entre los hombres dotados de razón y los demás, que ignoran la verdadera razón, ni entre los tontos y locos y los sensatos. Porque todo lo que una cosa hace en virtud de las leyes de su naturaleza, lo hace con el máximo derecho, puesto que obra tal como está determinada por la naturaleza y no puede obrar de otro modo. De ahí que, mientras consideramos que los hombres viven bajo el imperio de la sola naturaleza, aquel que aún no ha conocido la razón o que no tiene todavía el hábito de la virtud, vive con el máximo derecho según las leyes del solo apetito, exactamente igual que aquel que dirige su vida por las leyes de la razón. En otros términos, así como el sabio tiene el máximo derecho a todo lo que dicte la razón o a vivir según las leyes de la razón, así también el ignorante y débil de espíritu tiene el máximo derecho a todo lo que aconseja el apetito o a vivir según las leyes del apetito.

B. Spinoza,
Tratado teológico-político





Cántico de las criaturas

San Francisco de Asís

Altísimo, omnipotente, buen Señor, tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.

A ti solo, Altísimo, corresponden, y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas, especialmente el señor hermano sol, el cual es día, y por el cual nos alumbras.

Y él es bello y radiante con gran esplendor, de ti, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas, en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el

hermano viento, y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo, por el cual a tus criaturas das sustento.

Loado seas, mi Señor, por la hermana agua, la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.

Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego, por el cual alumbras la noche, y él es bello y alegre y robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana, la madre tierra, la cual nos sustenta y gobierna, y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba.

Loado seas, mi Señor, por

aquellos que perdonan por tu amor, soportan enfermedad y tribulación.

Bienaventurados aquellos que las soporten en paz, porque por ti, Altísimo, coronados serán.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana, la muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar.

¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!:

bienaventurados aquellos a quienes encuentre en tu santísima voluntad, porque la muerte segunda no les hará mal.

Load y bendecid a mi Señor, y dadle gracias y servidle con gran humildad.

Antiespecismo contra la especie humana

Jean-Marc Albert*

El antiespecismo, que se ha fijado el objetivo de emancipar al animal de su condición, pretende en realidad abolir la singularidad humana reduciendo al hombre a un animal como los demás.

El antiespecismo, contra la especie humana

NADIE está «a favor» del sufrimiento de los animales. La obligación de tomar esta precaución y afirmarlo es indicativa del clima de intolerancia y de las pasiones que rodean la cuestión del bienestar de los animales, llevada al extremo bajo el efecto combinado del veganismo y, sobre todo, del antiespecismo.

La revolución antropológica que reclama el antiespecismo no solo es peligrosa porque quiere redefinir el estatus del animal, sino porque quiere acabar con la propia naturaleza del hombre

Este movimiento contemporáneo rechaza la categorización de los seres vivos que justificaría la discriminación y la dominación ejercida sobre los animales. Mientras que el

pensamiento clásico establecía una distinción natural, sin excluir a los animales del horizonte afectivo de los humanos, el antiespecismo quiere romper esta connivencia, que se percibe como explotación, anulando la frontera que separa a los humanos de los animales.

Una revolución antropológica

En 1975, Peter Singer hizo de la liberación animal el manifiesto de la lucha contra el especismo, que se equiparó al racismo y al sexismo. Esta ideología expresa el deseo de deconstruir la condición humana a través de la relación creada con el ser vivo. Ya no son solo la caza, el zoológico o el circo los que son objeto de crítica, sino la propia idea de la superioridad moral del hombre, que privaría a los animales de unos derechos que, por otra parte, ellos nunca han reclamado.

Así, no es de extrañar que, recientemente, un diputado haya propuesto que se incluya a las mascotas jun-

**Valeurs actuelles*, 7 de agosto de 2021. Los subtítulos son de *Religión en Libertad*, 20 de agosto de 2021



to a los niños en las negociaciones sobre la custodia compartida. Sobre este incendiario tema no hay compromiso posible, porque no solo cuestiona el lugar del animal en nuestro universo, sino también el nuestro. La revolución antropológica que reclama el antiespecismo no solo es peligrosa porque quiere redefinir el estatus del animal, sino porque quiere acabar con la propia naturaleza del hombre y, por ende, con el propio hombre.

Integrados, pero distintos

Es una perogrullada. Pero todas las civilizaciones han cuestionado su relación con el mundo vivo en su conjunto. El hombre neolítico no se contentaba con cazar su presa, sino que se identificaba con ella mediante una representación totémica. Posteriormente, la *oikeiôsis*

[«apropiación, afiliación»] griega agrupó a los seres y a los animales que estaban dotados respectivamente, según Aristóteles, de un alma intelectual y de un alma apetitiva; es decir, de la facultad de moverse para alimentarse. La *ahimsa* jainista intentó erradicar la violencia innecesaria contra los seres vivos. Toda cosmogonía recuerda a los seres vivos su lugar en una relación de interdependencia entre las criaturas.

El Génesis subraya esta solidaridad metabólica: «Todo lo que vive y se mueve os servirá de alimento». En el Diluvio, Yahvé no solo salva a la familia de Noé, sino también a las especies animales emparejadas, lo que expresa su igual estima por ellas. El Antiguo Testamento llama a la protección y al descanso de los animales. Los Evangelios instan a prestar atención al reino animal.

Sin embargo, esta proximidad nunca suprime la distancia ontológica entre el hombre y los animales. Al domesticar al animal, el hombre firma el triunfo de la cultura sobre la fuerza bruta del caos. Es el dios persa Mitra sacrificando al toro. Dios excluye a la fauna de su semejanza al crear al hombre a su imagen, el único ser capaz de salvarse, como nos recuerda Mateo. Sin embargo, al confiarle la tarea de nombrar a los animales para vincularlos a él, Dios relativiza el dominio del hombre sobre la creación: «¿Enseñas a volar al halcón cuando despliega sus alas hacia el sur?», le pregunta a Job.

El hombre ocupa un lugar preeminente en el orden del mundo, pero acepta caminar con todas las criaturas durante su peregrinación terrenal. Los juicios medievales en los que se sometía a los animales a las

mismas excomuniones u hogueras que a los seres humanos subrayan la porosidad de la frontera que separa el mundo animal de los humanos. Nadie duda de que las propiedades de los animales y las plantas se pueden transmitir al ser humano.

El viraje mecanicista

Pero en el siglo XVII, la perspectiva idealista cartesiana impuso una visión mecanicista del animal-máquina. Según **Descartes**, el animal, privado de alma, cosificado, puede ser reducido a un conjunto de resortes que le privan de toda sensibilidad.

Para el siglo XVIII, centrado en el cuerpo y en la vitalidad de las fibras y los nervios, el animal es incapaz de sufrir. Desde **Malebranche** hasta **Claude Bernard**, entusiasta de la vivisección, pasando por **Spinoza** y **La Mettrie**, la idea era que el animal no era más que una máquina productora de energía, una materia prima que facilita su explotación industrial y experimental.

Desde hace treinta años, el deterioro de las condiciones en cría de ciertas granjas, que los vídeos de L214 [organización francesa que lucha por los derechos de los animales] han sacado por primera vez a la luz, ha alejado aún más al animal primitivo de nuestro horizonte emocional.

La tiranía de las emociones

Sin embargo, a finales del *Grand Siècle* [reinado de Luis XIV, de 1661-1715], en la estela poética de **La Fontaine** y científica de **Buffon** y **Condillac**, el reconocimiento de la sensibilidad de los animales ya los había convertido en seres que sufrían a los ojos del hombre.

La tiranía moderna de las emociones no hace más que exacerbar la

compasión por los animales, especialmente las mascotas. Esta época, tendente al psicologismo, ve en las mascotas la marca de una felicidad espontánea que escapa a nuestra mimada y neurótica sociedad.

Es gracias a este ambiente de ansiedad como florece el antiespecismo después de haber radicalizado la causa animal. Sin embargo, sería un error pensar que el bienestar de los animales es su única preocupación. Si lo fuera, ¿por qué un vegano se negaría a comer la carne de un animal que ha muerto accidentalmente? Si se da crédito a lo que dice **Singer**, los seres vivos solo son una coartada para culpabilizar al ser humano. Los antiespecistas encierran en la misma postura victimista a los bárbaros estigmatizados por los griegos (Élisabeth de Fontenay), a los transexuales (Corine Pelluchon) y a los animales. Hay que continuar la lucha interseccional contra todas las supuestas formas de esclavitud, pero primero hay que cambiar la naturaleza humana.

Disolver nuestra singularidad

Mucho antes de **Derrida**, un estudio de 1802 sugería que el maltrato animal era un producto histórico de Occidente. El informe pedía la reeducación de los franceses, cuya crueldad había alterado su condición. Entonces se pensaba que, impregnados de la moral republicana, no necesitarían leyes para corregir sus vicios.

Si **Darwin** intentó eliminar la singularidad del hombre situándolo en la cima de la evolución de las especies, el antiespecismo quiere acabar con esta superioridad y reducirlo a una mera suma de fibras y células sin ninguna diferencia de naturaleza con el animal. Para **Singer**, la idea

misma de la naturaleza es repulsiva en la medida en que perpetúa la violencia carnívora, por lo que propone transformar la cadena alimentaria, hacer vegetarianos a los carnívoros y, por qué no, «eliminar a los leones para salvar a las gacelas». En el corazón de esta empresa demiúrgica de regeneración, la animalidad y la humanidad se fundirían en una única forma del ser vivo a riesgo de disolver la singularidad humana.

El lenguaje y el pensamiento

Ahora bien, el pensamiento clásico busca precisamente mantener la distancia entre el animal y el hombre. Evalúa sus criterios de distinción por la posesión de cualidades consideradas específicas del hombre. Entre ellos, el lenguaje y

Para Singer, la idea misma de la naturaleza es repulsiva en la medida en que perpetúa la violencia carnívora, por lo que propone transformar la cadena alimentaria, hacer vegetarianos a los carnívoros y, por qué no, «eliminar a los leones para salvar a las gacelas»

el pensamiento marcan la frontera clásica entre ambas condiciones. Los griegos veían al hombre como el único animal dotado de logos, razón y habla. Por su parte, **Descartes** dedujo que, debido a la ausencia de habla en los animales, estos no eran, a diferencia de los humanos, cosas pensantes.

Los lingüistas **Émile Benveniste** y **Ferdinand de Saussure**, así como el etólogo **Karl von Frisch**, destacaron

la sofisticación de la comunicación animal, solo para mostrar su carácter limitado al ser imperativo e instintivo. El lenguaje humano, órgano del pensamiento, es capaz de compartir una cultura desinteresada, «no naturalizada» según el biólogo Alain Prochiantz; es decir, capaz de reflejar una libertad. **Para los animalistas, la extensión de los derechos a los animales, calcados sobre los derechos humanos, es una prioridad.** Algunas asociaciones estadounidenses quieren extender el *habeas corpus* de 1679 a los «homínidos no humanos» basándose en una moral intrínseca. Plutarco postula la existencia de una moral en los animales, que Darwin cree ver en el altruismo que hay en las especies más aptas para la selección natural.

La imposible moral animal

En realidad, estas aspiraciones, presentadas por exceso antropomórfico como moral humana, son el resultado de determinismos vinculados a la supervivencia del grupo, y no de la reciprocidad necesaria que implica una moral. Al no poder «liberarse» de sí mismos y de la naturaleza en la que están inmersos, los animales no tienen la capacidad de exigir derechos. Como el hombre es un sujeto moral, puede imponerse deberes, como la preservación de las especies, pero solo en consideración de su propia humanidad y no de una proximidad al animal.

Los animales no cargan con esta responsabilidad. ¿No sería más agradable vivir en un estado de despreocupación privado de la sensación de tragedia? Pero el hombre no ha tenido elección, y solo él soporta las consecuencias de su libertad. Desde la ley Grammont (1850, de protección de los animales) hasta la

modificación del código civil (2015), se ha ocupado de mitigar el sufrimiento infligido a sus «hermanos inferiores», como decía Michelet. Las normas etológicas del bienestar animal han seguido progresando, sin que se haya extinguido totalmente la crueldad.

Pero, ¿sería ideal un mundo privado de la dinámica de la depredación y, por tanto, de la circulación entre los seres vivos? Además, basar los derechos únicamente en el criterio del sufrimiento es un tema que se presta a debate. Para evitar la explotación de los animales, ¿habrá que experimentar los medicamentos del futuro sobre los seres humanos? Para los antiespecistas, el sufrimiento humano no es menos intolerable que el de los animales, y Singer llega a considerar que la muerte de un bebé, inconsciente del destino que le espera, es menos cruel que la de un animal adulto.

Deshumanización del hombre y de la cultura

En su lógica asimilativa, el antiespecismo corre el riesgo de deshumanizar a los humanos al humanizar a los animales. En 1738, en Londres, la humanización de una hembra de chimpancé, incluso en sus funerales, iba acompañada de la «bestialización» del africano, justificando su servilismo. Al querer confundir lo animal y lo humano, las personas se alejan unas de otras.

El debate sobre el valor de la vida vegetal o animal es estéril, pero es cierto que la voluntad de cualquier ser humano contribuye infinitamente más a la diversidad del mundo que el instinto de cualquier animal. El hombre es capaz de retirarse de la inmediatez de la naturaleza, que aprisiona al animal, para proyectar-

se en ella, para florecer y aportar cultura. Los animales no sienten la necesidad de compartir lo que descubren para mejorar su entorno. Sin la humanidad disociada de la animalidad, la naturaleza quedaría abandonada a la indeterminación del azar y amenazaría la unidad del género humano.

En su *Manifiesto por una ecología de la diferencia*, el pensador Hicham-Stéphane Afeissa considera que la alteridad irreductible del animal es la única manera de hacerle justicia.

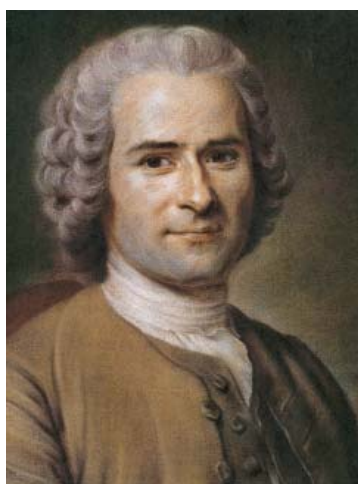
Debemos preocuparnos por esta diferencia ontológica, que parece sutil y que, sin embargo, es fundamental. Porque si la humanidad desapareciera, la naturaleza seguramente recuperaría su derecho pero ¿quién sería capaz de cantarla y alabarla?

La esencia de cualquier panteísmo, evolucionismo y religión cósmica moderna estriba en esta proposición: la naturaleza es nuestra madre. El principal punto del cristianismo es que la naturaleza no es una madre; sino una hermana. Para san Francisco de Asís es una hermana...

Chesterton, *Ortodoxia* (1908)



¿Por qué la democracia es el más absoluto de los sistemas de gobierno?



J.B. Rousseau (1670-1741)

LA tesis russoniana es muy clara y se expresa con simplicidad: «Igual que la naturaleza da a cada hombre un poder absoluto sobre todos sus miembros, el pacto social da al cuerpo político un poder absoluto sobre todos los suyos, y es este mismo poder el que, dirigido por la voluntad general, lleva como he dicho el nombre de soberanía». Esta expresión recuerda inevitablemente la tesis espinociana según la cual la democracia es preferible a los otros sistemas de gobierno porque es el más absoluto. Esta absolutez se logra mediante la desaparición de la voluntad individual. Por esta razón, advierte Rousseau, que no es lo mismo la voluntad general que la voluntad de todos y que incluso con frecuencia no coincidirán. Un

todo puede ser una suma de «cada uno», mientras que la voluntad general es la desaparición de esta idea individual. De ahí que Rousseau escriba en este capítulo esta idea tan importante para entender la voluntad general.

(...) He aquí el programa de cambiar la naturaleza humana como tarea política y he aquí la cumbre de la legislación: hacer que el individuo no sea nada ni pueda ser nada independiente del todo social. Porque no nos engañemos respecto a la expresión «los demás», pues no habiendo ningún individuo tampoco hay el otro sino solamente el todo. Esta tarea es la que –como decía Crossman– hace de la política una teología civil. En lugar de recibir el ser de Dios lo recibimos de la sociedad, luego la sociedad es Dios. Sí, efectivamente hay que decirlo bien claro ante la supuesta secularización contemporánea que vive de estos ideales russonianos, la política actual es teología civil. Y Rousseau acepta que el gran legislador invoque principios divinos para dictar las grandes leyes: los hombres, deben creer que se trata de algo divino aquello que han de obedecer; porque el espíritu social –escribe Rousseau– debe presidir el nacimiento de la sociedad y ser, por tanto, causa de lo mismo que ha de ser después efecto.

José M^a Petit Sullá, «El contrato social como principio del moderno derecho político nacido de la Revolución francesa». *Obras completas. Al servicio del Reino de Cristo*. Tomo II. Estudios filosóficos, volumen II, Tradere, 2011.

«Lo que inclina el espíritu de los pueblos democráticos hacia el panteísmo»

Alexis de Tocqueville*

Alexis de Tocqueville (1805-1859), escritor y político francés, profundo conocedor de la realidad política europea y norteamericana denuncia los peligros que acechan a la democracia moderna. Uno de ellos es el vínculo que se teje entre gobierno centralizado sobre los iguales y el panteísmo.

Reproducimos el capítulo VII de la segunda parte de La democracia en América que, aunque breve, es definitivo en vincular el sistema filosófico spinoziano con los regímenes democráticos.

HARÉ ver más tarde de qué manera el gusto predominante en los pueblos democráticos hacia las ideas muy generales, se encuentra también en la política; pero desde ahora quiero indicar su efecto principal en la filosofía.

No se puede negar que el panteísmo ha hecho grandes progresos en nuestros días, y los escritos de una parte de Europa llevan visiblemente esta marca. Los alemanes lo introducen en la filosofía y los franceses en la literatura. La mayor parte de las obras de imaginación que se publican en Francia encierran algunas opiniones o algunas pinturas tomadas de las doctrinas panteístas, o dejan por lo menos percibir en sus autores una especie de tendencia

hacia esta misma doctrina. No creo que proceda sólo de un accidente, sino más bien de una causa durable.

A medida que, haciéndose las condiciones más iguales, cada hombre en particular llega a ser más parecido a los otros, más débil y más pequeño, se toma la costumbre de no pensar en los ciudadanos, para considerar sólo al pueblo, y se olvida a los individuos para no ocuparse sino de la especie.

* Alexis de Tocqueville, *La democracia en América II*, cap. VII



Alexis de Tocqueville (1805-1859)

En tales tiempos, el espíritu humano quiere abrazar a la vez una multitud de objetos diversos, y aspira constantemente a poder deducir muchas consecuencias de una sola causa. La idea de la unidad lo obsesiona; la busca por todas partes, y cuando cree haberla encontrado, se ensancha y se tranquiliza, no contentándose con descubrir en el mundo una sola creación y un creador. Esta primera división de las cosas lo incomoda todavía, y trata de engrandecer y simplificar su pensamiento comprendiendo a Dios y al universo en una sola idea.

Si encuentro un sistema filosófico por el cual las cosas materiales e inmateriales, visibles e invisibles que contiene el mundo, no sean consideradas más que como las diversas partes de un ser inmenso, el único que permanece eterno en medio del cambio continuo y la transformación incesante de todo lo que lo compone, no tendré dificultad en concluir que semejante sistema, aunque destruya la individualidad humana, o más bien, porque la destruye, tiene atractivos secretos para los que viven en las democracias, porque todos sus hábitos intelectuales los preparan para concebirlo y los ponen en el caso de adoptarlo. Atrae naturalmente su imaginación y la fija; sustenta el orgullo de su espíritu y lisonjea su abandono.

De los diversos sistemas con que la filosofía trata de explicar el universo, el panteísmo me parece uno de los más propios para seducir al espíritu humano en los siglos democráticos y, por esta razón, todos los amantes de la verdadera grandeza del hombre deben unirse contra él y combatirlo.

Los orígenes del totalitarismo moderno

Por derecho e institución de la naturaleza no entiendo otra cosa que las reglas de la naturaleza de cada individuo, según las cuales concebimos que cada ser está naturalmente determinado a existir y a obrar de una forma precisa. Los peces, por ejemplo, están por naturaleza determinados a nadar y los grandes a comer a los chicos; en virtud de un derecho natural supremo, los peces gozan, pues, del agua y los grandes se comen a los más pequeños. **Pues es cierto que la naturaleza, absolutamente considerada, tiene el máximo derecho a todo lo que puede, es decir, que el derecho de la naturaleza se extiende hasta donde llega su poder. En efecto, el poder de la naturaleza es el mismo poder de Dios, que tiene el máximo derecho a todo.** Pero, como el poder universal de toda la naturaleza no es nada más que el poder de todos los individuos en conjunto, se sigue que cada individuo tiene el máximo derecho a todo lo que puede, que el derecho de cada uno se extiende hasta donde alcanza su poder determinado. Y, como la ley suprema de la naturaleza es que cada cosa se esfuerce, cuanto puede, en perseverar en su estado por sí sola, sin relación alguna a otra, se sigue que cada individuo tiene el máximo derecho a esto, es decir (como acabo de decir), a existir y actuar tal como está determinado por naturaleza...

Spinoza, *Tratado teológico-político* (1670)

Todo bien finito es participación de la bondad divina*

Francisco Canals Vidal (†)

Es necesario afirmar un principio de unidad en la vida política, trascendente a la multitud y pluralidad humanas, desde el cual puede la pluralidad tener sentido jerarquizado y ordenado.

Pensemos ahora en la unidad y en la pluralidad

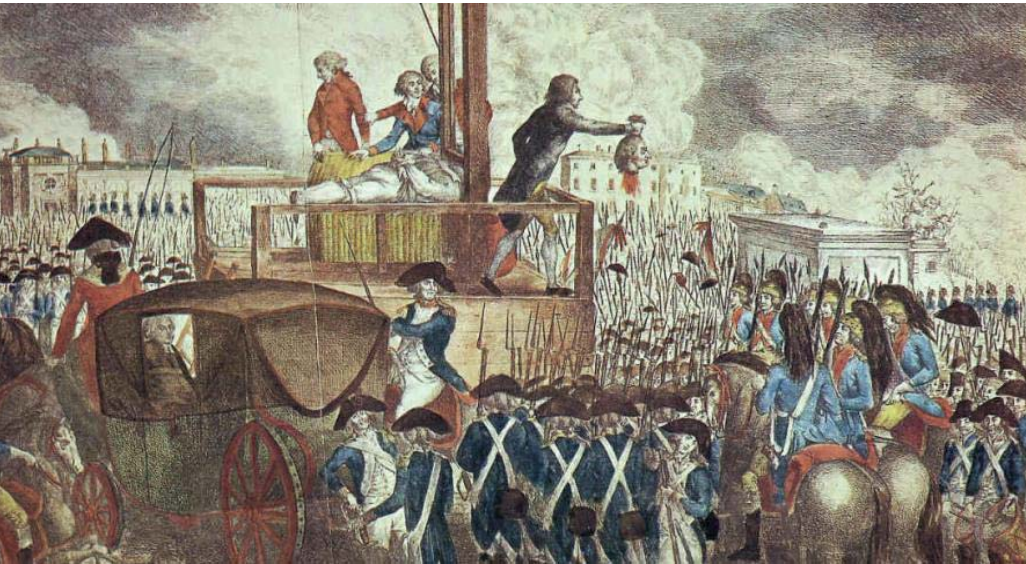
SÓLO la unidad está en el principio. Dios es uno; no hay otra multiplicidad que la que procede de Dios como de principio, pero todo bien finito se constituye como participación de la bondad divina difusiva. Por eso toda la creación está cruzada por un régimen de unidad de orden y de finalidad, que exige –entiéndase bien que no se trata de «admisión», de compatibilidad, de transigencia con algo opuesto– constitutivamente multiplicidades y diversidades y correlaciones complementarias que el aristotelismo interpretó ontológicamente según la pareja acto-potencia, **síntesis sin antítesis: varón y hembra, autoridad y comunidad, materia y forma, alma y cuerpo, razón y sensibilidad, son elementos complementarios, y es maniqueo pensarlos como antitéticos.**

El bien finito no consiste en lo cuadrado o en lo recto o en lo impar. Según **san Agustín**, tiene como sus

dimensiones el modo, la especie y el orden; la especie, es decir, determinación esencial, consistencia; el modo, es decir, la concreción individual, existencialidad, commensuración subjetiva y receptividad material, eficiencia; el orden, aspiración y dinamismo comunicativo, referencialidad y exigencia de dependencia y trabazón teleológica. Y así, no son

Toda la creación está cruzada por un régimen de unidad, de orden y de finalidad.

buenos los proletarios y los malos los burgueses, como para la revolución marxista, ni son buenos los burgueses y malos los aristócratas, como para la Revolución francesa, ni son buenos los hijos o los curas jóvenes y malos los padres y los obispos; ni son buenas las esposas y malos los maridos, como en el teatro de Ibsen.



Ejecución de Luis XVI

El bien finito exige «orden», y el orden exige distinción y diversidades graduadas y polaridades correlativas.

Así entendida, la unidad de la vida social exige que no sea suprimida la pluralidad. **Si quisiéramos hablar de un legítimo «pluralismo», habría que entenderlo como no enfrentado antitéticamente a la unidad de orden y de fin.**

Pensemos, según esta síntesis armónica y analógica de lo uno y de lo múltiple, el tema de la libertad religiosa en la vida civil. Parecen haber entendido algunos la declaración conciliar como si proclamase la legitimidad de un pluralismo religioso. Claro está que, entendida así, aquella declaración se opondría no ya al *Syllabus* o a la *Libertas* de León XIII, sino que implicaría la renuncia por la Iglesia a su intrínseco carácter de apostolicidad. Pero advirtamos que la intención formal del texto es, según se expresa claramente, la no obligatoriedad del acto de fe. En función de esto se dice todo lo que

se contiene en la *Dignitatis humanae*.

No se conmueve la unidad de la verdad religiosa, lo que equivale a decir que no se niega a Dios. Allí se trata no de la «especie», del objeto o contenido verdadero de la fe, sino del «modo». De la recepción por el sujeto y de la causación por la palabra que propone el mensaje revelado. El modo exigido para que el acto de fe sea es la libertad en su ejercicio, exento de coacción, y con las condiciones que posibilitan el cumplimiento libre y meritorio del asenso a la fe; asenso que se afirma, por otra parte, ser moralmente obligatorio y de suyo necesario para la salvación.

No se deroga la enseñanza del papa Pío XII. Nadie tiene propiamente derecho a enseñar lo erróneo como tal; lo que se afirma por el Vaticano II es que ninguna autoridad tiene competencia para violentar o coaccionar en materia religiosa, ya que, por lo demás, sería constitutivamente imposible causar un auténtico acto de fe por la coacción o la violencia.

Pluralidad, pues, en la recepción subjetiva, en el «modo» como concreción individual. La unidad de la verdad se mantiene firme, y es claro que no podría ser de otra manera. Pero el «monismo» divino no es un totalitarismo, sino que participa de las condiciones de congruencia y suavidad de la acción del gobierno de Dios sobre el mundo.

Si pasamos al plano político, podremos hallar, según notábamos, un unilateralismo monista, destructor de la pluralidad ordenada, en el absolutismo de la monarquía postrenacentista. Afirmó el «derecho divino de los reyes» por inspiración de un humanismo antropocéntrico, aunque tomase a veces el nombre de Dios en vano, y pretendiese revestir el orgullo del hombre con títulos derivados de la Sagrada Escritura.

El **absolutismo** afirmó la unidad en un sentido unívoco o racionalista.

Como estamos experimentando en el mundo de hoy, no puede haber vida política ordenada sin la fe en Dios legislador del universo.

Configurado así, el estado pudo violentar y destruir con el despotismo ilustrado muchos elementos y dimensiones de la vida social. Y entonces la necesidad misma que tiene el hombre de la libertad sirve de argumento y da fuerza a la antítesis que viene a consumir el aplastamiento de las libertades. **El estado jacobino agrava los defectos del estado absoluto, precisamente porque es posibilitado en cuanto antítesis a aquél. Porque ya no invoca el derecho divino de los reyes,**

sino el de los pueblos; y con ello mucho más abiertamente quiere poner el principio de unidad en donde no puede residir: en la multitud en cuanto tal.

Es inevitable que sea todavía mucho más «uno e indivisible», mucho más opresor de los cuerpos sociales, precisamente por ser, mucho más que el estado absoluto, un régimen de inspiración y orientación no teocéntrica, sino panteísta.

Por esto, **Donoso Cortés afirmó genialmente que la «república» y el «socialismo» son la práctica política de la filosofía panteísta.** Si comprendemos su pensamiento en su verdad pro-

funda, se nos hará patente la exigencia de afirmar **un principio de unidad en la vida política, trascendente a la multitud y pluralidad humanas, y sólo desde el cual puede la pluralidad tener sentido jerarquizado y ordenado.** El dinamismo natural del hombre a la felicidad, sin el que no se daría historia ni progreso, y todos los fines del hombre y de la sociedad, no podrían constituirse desde un contrato, desde una voluntad general a una ley positiva. Como estamos experimentando en el mundo de hoy, no puede haber vida política ordenada sin la fe en Dios legislador del universo.



Donoso Cortés (1809-1853)

El panteísmo y el ateísmo son una misma cosa expresada de dos maneras diferentes

¿Ignoráis el porqué de ese don tremendo de escoger entre el bien y el mal, entre la santidad y el pecado, entre la vida y la muerte? Pues negadlo por un solo momento, y en ese momento mismo hacéis imposible de todo punto la creación angélica y la creación humana. Si en esa facultad de escoger está la imperfección de la libertad, quitada esa facultad, la libertad es perfecta, y la libertad perfecta es el resultado de la perfección simultánea de la voluntad y del entendimiento. Esa perfección simultánea está en Dios; si la ponéis también en la criatura, Dios y la criatura son una misma cosa: todo es Dios o nada es Dios; de esta manera vais a dar al panteísmo o al ateísmo, que son una misma cosa, expresada de dos maneras diferentes. La imperfección es una cosa tan natural a la criatura, y la perfección es una cosa tan natural a Dios, que no podéis negar ni la una ni la otra sin una implicación en los términos, sin una contradicción sustancial, sin un absurdo evidente. Afirmar de Dios que es imperfecto es afirmar que no existe; afirmar que la criatura es perfecta es afirmar que no existe la criatura; de donde resulta que, si el misterio es superior, su negación es contraria a la razón humana; dejando el uno por la otra, habéis dejado lo oscuro por lo imposible.

J. Donoso Cortés, *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* (1880)



Orientaciones bibliográficas

Javier González

Marmelada, Carlos Alberto. *Cómo hablar de Dios con un ateo*, Madrid, Sekotia, 2022

«Este libro nace con el deseo explícito de ser una contribución positiva al importante diálogo entre el teísmo y la cultura occidental actual, que se caracteriza por una evidente ausencia de Dios».

Con esta intención el profesor Marmelada acomete la compleja tarea de entablar conversación con un mundo –«la sociedad posatea» europea– en el que la idea de Dios parece estar totalmente ausente de la vida cotidiana de la mayoría de sus ciudadanos.

La falsa convicción, animada desde las estructuras sociales y políticas de Occidente, de que los ateos teóricos de los siglos XIX y XX habían logrado encontrar argumentos racionales que demostraban la inexistencia real de Dios ha hecho que para una gran parte de la sociedad el «problema de Dios» resulte algo irrelevante, estéril e incluso fútil, abocando al hombre actual –como consecuencia lógica y deseada de aquel ateísmo– hacia una indiferencia religiosa, que se presenta como una apuesta por la libertad y la tolerancia.

En todas las épocas, señala Marmelada, han habido personas ateas o agnósticas pero siempre habían sido actitudes aisladas y poco comunes. Sin embargo, en nuestro siglo XXI asistimos al extraño fenómeno de un indiferentismo de masas, de un ateísmo práctico que «no es solo una actitud psicológica o una experiencia personal sino que se trata más bien

de una situación social, una especie de atmósfera en la que todo sucede como si no existiera la cuestión de Dios» y que llega a unos límites que, ni de lejos, jamás han sido conocidos en ninguna otra época. **Cómo dialogar, pues, con esta indiferencia es el punto crucial al que se enfrenta nuestro autor en este libro.**

«El cristiano que quiera dialogar con la cultura contemporánea, afirma el autor, no sólo deberá conocer muy bien los fundamentos de su propia fe, sino que también deberá examinar cuidadosamente las instancias que le interrogan y que le cuestionan». Este análisis lo ha venido desarrollando Marmelada a lo largo de diferentes libros publicados anteriormente (*El origen del hombre* [2008], *Darwin y el mono* [2009], *El dios de los ateos* [2014], *En busca de nuestros orígenes* [2017]) y ahora profundiza con gran acierto sobre una de las raíces más profundas del indiferentismo teológico que se ha impuesto en nuestra sociedad: el indiferentismo ontológico.

La escisión ser-pensar obrada en el siglo XIV por la escolástica decadente llevó al «olvido del ser» en la filosofía moderna, como denunció Heidegger en el siglo XX, vaciándose de contenido hasta identificar el ser y la nada. Pero si Dios es el mismo Ser subsistente, como afirma santo Tomás de Aquino, se comprende que Hegel identifique a Dios con la nada,

que Bakunin considere a Dios como el «vacío absoluto» o que Nietzsche proclame la muerte de Dios.

Y al considerar la nada como el fundamento de todo (como se pretende hacer en nuestros días, por ejemplo, con las distintas teorías de la evolución y las nuevas teorías cosmogónicas), al hombre actual no le queda más que sumergirse en el tranquilo discurrir de una cotidianidad indiferente a todo o suicidarse.

«La indiferencia por el ser –afirma Marmelada– lleva a la indiferencia por Dios (...) [y] se pierde la noción de una fundamentación trascendente del orden ontológico y axiológico».

Por eso, tras analizar «el problema esencial del hombre esencial», relacionado con el orden ontológico, Marmelada también se enfrenta al único argumento contra Dios que, pensando seriamente, aún queda en pie: el escándalo del mal (su existencia, su naturaleza, su causa y el papel de la libertad humana en él).

El libro concluye proponiendo algunos temas concretos desde lo que establecer un diálogo auténtico con el indiferente en orden a una nueva evangelización del Viejo Continente e invita a superar los prejuicios que contra el cristianismo tiene la sociedad actual.

Libro muy recomendable a todo el que quiera hacer presente a Dios en nuestra secularizada sociedad posmoderna.



Hemos leído

Aldobrando Vals

Un espectáculo sublime en un mundo en ruinas



El fallecimiento de la reina Isabel II de Inglaterra ha provocado una reacción de una amplitud que a primera vista parece desmesurada. Estamos ante un personaje fuera de lo común, especialmente por su larga trayectoria como jefe de Estado, pero debe de existir algún otro elemento para explicar



que el mundo entero se haya mantenido durante una semana atento y como encandilado ante los preparativos y el funeral de la reina.

En un mundo en el que el principio de autoridad se ha desvanecido, sumido en la descristianización y la decons-

trucción antropológica, Isabel II ha sido contemplada (con independencia de lo fundado de ese juicio) como la última encarnación, un lejano eco de lo que fue la monarquía cristiana.

Así, la ceremonia de su funeral, un precioso despliegue de la fuerza del rito y la tradición, deslumbró a gentes de todo lugar y condición. Una ceremonia de una «iglesia» cismática, roída por la herejía protestante y la sumisión a las modas que el mundo impone, sí, pero que supo ese día hablar al mundo, pendiente de lo que ocurría en Westminster, de la vida eterna que solo Jesucristo nos da; con palabras, pero sobre todo a través de una bella y cuidada liturgia. Cuando todo es pasajero, de usar y tirar, cuando las tradiciones son sistemáticamente ridiculizadas, el mundo reconoció la belleza objetiva de la ceremonia, a través de una liturgia que casi habíamos olvidado... y el mundo quedó admirado.

Diego Torre, escribiendo en Il Cammino dei Tre Sentieri, profundiza en este hecho, cuando «la gente, angustiada y temerosa, se olvida de sus preocupaciones y se sumerge... en los rituales funerarios de la monarquía británica»:

«Himnos y procesiones, uniformes antiguos y modernos, adornos, faldones y gaitas, estandartes multicolores con leones que se remontan al rey Enrique I (+1135), liturgias solemnes como la del coro de la abadía de Westminster y la de la Capilla

Real de Su Majestad, que entona el salmo 139 al entrar el féretro en la iglesia. Todo ello con la compostura absolutamente británica que supera el dolor y la contrariedad por la pérdida del soberano, con una elegancia que consigue ser sobria y solemne al mismo tiempo. Este es el espectáculo que tantos en el mundo reciben de la vieja Inglaterra.

»Es la luz de la Edad Media, que reverbera sus orígenes sagrados y trascendentes y que golpea al hombre posmoderno, que a pesar de ignorar o despreciar esos orígenes, queda deslumbrado por este espectáculo de belleza. El espejismo de una autoridad superior, que deriva de la autoridad divina, aparece en las manifestaciones externas e infunde un sentido de estabilidad, seguridad y continuidad.

No hay muchas razones para apreciar a la monarquía británica, que ha producido un doloroso cisma en la Iglesia, persiguiendo a muerte a los fieles católicos, marginándolos en la vida pública hasta el siglo pasado, y que asiste, inerte si no cómplice, a la degradación moral y a la secularización de sus pueblos. E incluso como modelos de moralidad... desde Enrique VIII a Eduardo VIII hasta los últimos vástagos de la casa real, no es que haya mucho que sea ejemplar. Además, allí nació la masonería.

Pero la fascinación por ese antiguo ceremonial, su observancia por parte de la familia real, el pueblo y el Estado, son un espectáculo de belleza que sigue encantando al hombre posmoderno y le hace sentir nostalgia de un pasado que no ha vivido, pero del que encuentra ecos en lo más profundo de su corazón, por muy secularizado que esté.

»¿Cómo es posible? Influye, sin duda, el comportamiento de la so-

berana fallecida, que a lo largo de su vida antepuso sus obligaciones no sólo a su persona, sino también a su familia. Pero aún más fascinante es la imagen de un mundo elegante y ordenado, estable y seguro, disciplinado y austero, arraigado en una tradición incancelable y dirigi-

«El espectáculo que Gran Bretaña está dando al mundo es una visión exterior de aquellas raíces que hicieron grande a Europa. Tal vez Carlos III, el pueblo británico y los millones de espectadores no sean conscientes de ello; pero es así».

do hacia un futuro próspero y digno, en continuidad con su pasado. Un mundo de ensueño que ha sido realidad durante siglos y que podría volver a serlo si se redescubrieran sus raíces espirituales y culturales.

»El espectáculo que Gran Bretaña está dando al mundo es una visión exterior de aquellas raíces que hicieron grande a Europa. Tal vez Carlos III, el pueblo británico y los millones de espectadores no sean conscientes de ello; pero es así».

Capítulo general de la Orden del Císter

Erick Varden es un monje cisterciense noruego con una trayectoria biográfica singular. Nieto de pastor protestante, sus padres eran agnósticos declarados. Estudiando en Cambridge empezó su itinerario de fe, primero entre los anglicanos, y luego en la Iglesia católica, hasta hacerse monje cisterciense, abad de su monasterio y, desde octubre de 2019, obispo de Trondheim, una diócesis noruega.

Con motivo del último capítulo general del Císter, el pasado mes de septiembre, se le pidió a Varden una intervención. El resultado es un texto valiente y sobrenatural, que no calla ante lo evidente y que, aunque dirigido a sus hermanos religiosos, se puede aplicar al conjunto de la Iglesia.

Empieza Varden recordando la vida del obispo ortodoxo Meletios Kalamiras, lo que le da pie para sentar las bases de su exposición:

«Me limitaré a destacar una idea clave que fundamenta todo el resto. La Iglesia es un misterio divino que debe ser entendido como tal, insistía Meletios. Cuando lo humano prevalece sobre lo divino, la Iglesia no florece. “El antropocentrismo, escribió él en 2001, mata la Iglesia y su vida”.

»Estas son palabras duras, pero necesitamos oírlas ya que vivimos en un mundo centrado en sí mismo. Con esto no quiero decir que la maldad y el egoísmo de nuestra época sean mayores que antes; solamente que ésta se ha distanciado tanto de toda noción de transcendencia que la única referencia disponible en cuestiones existenciales es la subjetividad. Esta no es sólo una tendencia de la sociedad secular. La encontramos también presente en la Iglesia. En la mayoría de los casos surge de buenas intenciones. No hace mucho vi una nueva traducción del salterio litúrgico. El pronombre personal masculino en tercera persona singular (él) había sido eliminado casi por completo y reemplazado por formas lingüísticas inclusivas o cambiado por la segunda persona (tú), como si el texto estuviera dirigido a quien lo recita. Vosotros podríais pensar: ¿no es admirable poder superar el sesgo de género y permitir a todos, mujeres y

hombres, reconocerse a sí mismos en el texto sagrado? La respuesta es sí, si estuviéramos buscándonos a nosotros mismos allí. Esa no fue la experiencia de nuestras madres y padres en la fe. Lo que buscaban en el salterio no era su propio reflejo sino la imagen de Cristo, Nuestro Señor. Modificaciones como la que menciono aquí esfuman esta imagen hasta convertirla en un pálido palimpsesto sobre el que imponemos nuestra propia imagen».

Luego aborda el impacto del postconcilio y la realidad de que, tras las consignas de inculturizar el mundo, lo que realmente ha ocurrido es que la Iglesia se ha mundanizado:

«Este ejemplo es sintomático de influencias destacables que han entrado incluso en la vida de la Orden. Las últimas cinco o seis décadas han sido marcadas por adaptaciones audaces. Con el viento de popa de *Gaudium et spes* en sus velámenes, la Orden navegó resueltamente hacia la época postconciliar. Los esfuerzos de adaptación fueron inmensos. Mucho de lo que se llevó a cabo fue excelente. Algunos tesoros terminaron arrojados por la borda. El tráfico en el mar de aquellos días era tan intenso que existía el peligro de ser arrastrado por una inercia grupal, a veces con poca atención a la Estrella de la Mañana, que señala el rumbo y el destino de la travesía.

La inculturación representaba otra forma diferente de adaptación. Nos la imaginamos como referida a algo exótico: el esfuerzo de misioneros en tierras remotas para aprender las lenguas y costumbres de aquellos lugares. Este es ciertamente uno de sus aspectos y, ejercitado con decisión, puede dar frutos abundantes. Sin embargo, me pregunto si hemos sido suficientemente conscientes de una forma

insidiosa de inculturación que consiste en rendirse a la mentalidad de un mundo para el cual el término «Dios» ha dejado de tener significado... Entre los instrumentos de las buenas obras, san Benito nos ofrece el siguiente: *Sæculi actibus se facere alienum*, “Sea vuestra conducta diferente al proceder del mundo”. ¿Es así?»

Aborda también Varden el disenso en materia moral que sacude la Iglesia en nuestros días:

«A menudo se asume que lo que enfrenta la Iglesia al mundo contemporáneo es su enseñanza en temas de moral. Muchos demandan cambios en el Magisterio. Dejando de lado la cuestión de cual deba ser la respuesta eclesial a desafíos éticos específicos, tal vez nuevos —una tarea que cada época debe afrontar—, me parece que esta afirmación es errónea. No creo que el *skandalon* principal sea moral. Creo que es metafísico: ¡La santidad de Dios! ¡El esplendor de su gloria, manifestado en Cristo, por la infinita condescendencia de su gracia! Estas realidades fundamentales, que eran totalmente evidentes para los fundadores del Císter, se han vuelto incomprensibles para una época cuya perspectiva es completamente horizontal.

»¿Quién, en nuestros días, desea aceptar una norma absoluta y vinculante? Aquello que Benedicto XVI llamó la “dictadura del relativismo” ha conseguido reconfigurar nuestra

mentalidad, a la manera de los regímenes dictatoriales. No nos conformamos ya a ningún estándar, sino que conformamos los estándares a nosotros mismos. En vez de elevarnos a través de un arduo esfuerzo hasta normas que nos trascienden, hemos bajado el nivel de esas normas para hacerlas a nuestra medida. Adoptamos un lenguaje complaciente para describir este proceso. Decimos que estamos siendo “sensatos” y “maduros” al ejercitar la “libertad” y la “responsabilidad” para hacer la vida más “humana”.

Y acaba yendo a lo más esencial, citando a Dom Henri Le Saux, monje francés establecido en la India que le escribía así a su hermana: «Aquí hay una gran necesidad de

Erik Varden



monjes santos para hacerles comprender la santidad del cristianismo», y agregaba «si rezas mucho tal vez el Señor me conceda la gracia de ser uno de ellos, ya que lo único que [me] hace falta y lo único que me piden los hindúes sinceros es la santidad». «Como monje, y ahora como obispo, estoy seguro de que nosotros tenemos la misma exigencia. Este es el mensaje que deseo transmitir».



Hace 75 años Santidad en la cátedra (1859-1902)

Ibón Elósegui

En octubre de 1947, hace 75 años, la revista Cristiandad dedicaba el número al que había sido recientemente beatificado por el papa Pío XII Contardo Ferrini (1859-1902), catedrático de Derecho romano. Nacido en una cristiana familia italiana, vive el difícil ambiente político de la segunda mitad del siglo XIX, en el que se está gestando la unidad italiana frente a los derechos de la Santa Sede. De aguda inteligencia, se dedicó en cuerpo y alma al estudio.

Afirma de él Lamberto de Echeverría: «Hizo de su consagración al estudio y a la enseñanza un verdadero sacerdocio. Al principio sus clases eran pesadas, llenas de referencias y citas. Con el tiempo fueron aclarándose y simplificándose, hasta llegar a ser verdaderamente modelos de pedagogía. Los alumnos sabían que podían contar con él a todas las horas, seguros de encontrar siempre un consejero leal y un profesor amigo de ayudarles. Independientemente del cumplimiento escrupuloso de sus deberes de catedrático, llevó toda su vida en lo más íntimo de su corazón un apasionado amor a la investigación científica».

Él viene a ser para los universitarios el modelo de aquella «síntesis de la religión y de la vida» que es esencial a toda cultura que se precie de cristiana. Tal y como afirma el editorial del número que presentamos:

«Ciencia y sabiduría: dos nombres a los que responden, a la vez, dos virtudes intelectuales y dos dones del Espíritu Santo. En uno y en otro sentido, es urgente verlos señorear en las cátedras. ¿No se hace expresión de esta necesidad el pontífice reinante cuando exclama que «la hora de los universitarios católicos ha sonado?».

Recogemos el final del discurso que el Santo Padre Pío XII ofrece a los peregrinos llegados a Roma para asistir a su beatificación.

El estudioso y el santo*

EN Contardo Ferrini, como en todos los hombres verdaderamente grandes, el trabajo profesional y la vida íntima estaban unidos con indisoluble unidad; por

eso su figura de estudioso resulta solamente visible en toda su plenitud a la luz del santo. Su conciencia profesional estaba iluminada y guiada hasta sus más profundas raíces por una fe pura y una decidida voluntad

* Discurso de Pío XII con motivo de la beatificación de Contardo Ferrini.

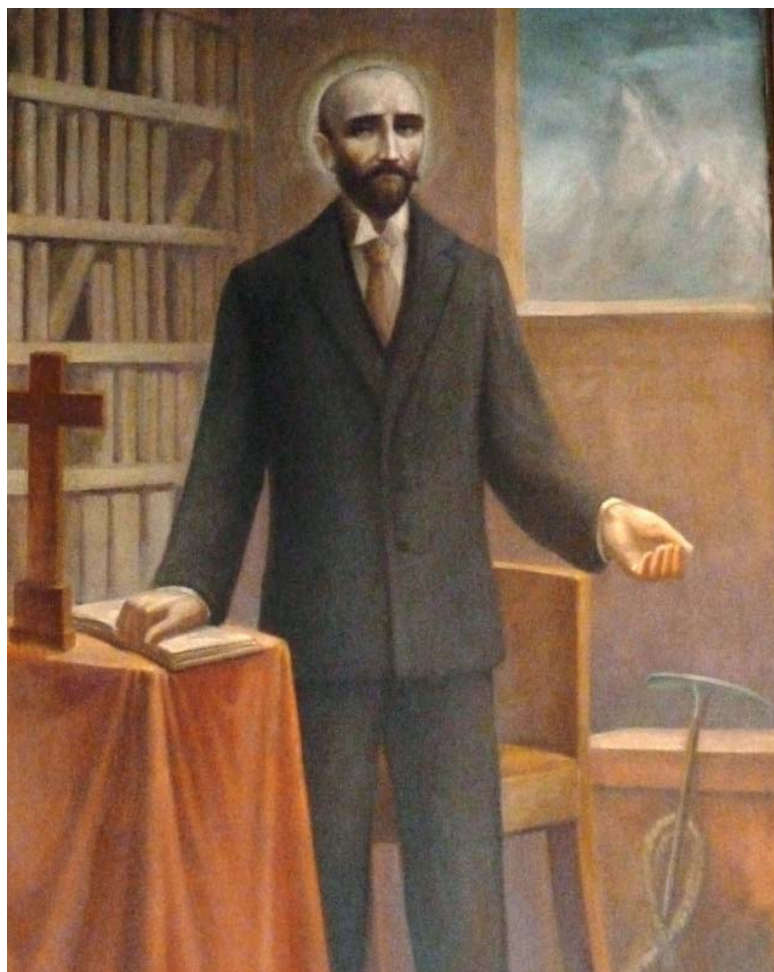
de servir a la verdad en todas sus manifestaciones, buscando a Dios en todas las cosas y dirigiendo todo al Creador y Señor, según su santísima y divina voluntad. Puede haber habido doctos que hayan superado a Ferrini en la genialidad de espíritu; otros habrán sido favorecidos por la suerte más que él en sus investigaciones. Pero en la perfección y en la noble pureza del tipo genuino de estudioso y de investigador hay que enumerarle entre los mejores. [...]

Este amor a la verdad, genuino rasgo característico del estudioso y del docto, era el acicate y el impulso dominante en su trabajo; a ella estaba dedicado como a gran dama, con el afecto y la devoción de un siervo fiel. [...]

A esto Ferrini unía una humildad sana, querríamos decir objetiva, ya que ante la santidad de la verdad se consideraba no como un vanidoso doctor, sino solamente como un modesto escolar [...] animado por la fuerza de atracción irresistible de un fervoroso buscador de la verdad y de un incansable trabajador.

Sí, nuestro beato fue un trabajador incansable. Para su cuerpo delicado no tenía ningún miramiento. No sabía de paradas ni de descanso. Nunca se aburría o desanimó por el trabajo pesado y minucioso del estudio sobre difíciles manuscritos. Más aún, entonces, precisamente se sujetaba a sí mismo con más rigurosa disciplina. ¡Qué maravilla que emanase de él a todos los que le rodeaban una potente fuerza moral, la fuerza de aquellos que son puros de corazón y que se sienten movidos, sostenidos y llevados por el espíritu de Dios, la fuerza que ellos reciben del divino Redentor en la sagrada Eucaristía!

Efectivamente, Contardo Ferrini, y ésta es la cualidad esencial de su



Contardo Ferrini (1859-1902)

alma, era un santo. Santo no como muchas veces el mundo se lo figura, como un hombre extraño a la vida de la tierra, incapaz, inexperto, tímido, importuno. No; Ferrini era un santo de su tiempo, del siglo del trabajo vertiginoso, del siglo en que la mente y la mano del hombre tienden a subyugar, técnica y científicamente, la fuerza activa de todo el universo sensible.

Vida real y fe sobrenatural

Nuestro tiempo, que con gusto se da el nombre de tiempo de las realidades, cree que con eso tiene que renunciar a la piedad y a la profundidad del sentimiento religioso, que se querría excluir como un irreal, infundado y superfluo ornamento de la vida.

Hay quien no puede comprender que un hombre pueda vivir en el mundo moderno, trabajar eficazmente y con acierto en favor de la sociedad y ser, al mismo tiempo, un santo. Otros piensan que la vida interior y la oración, «como hecho místico», están en patente contraste con la lucha dura por la vida, y con el trabajo agobiador del hombre moderno, que no deja lugar para misterios, ni fe, ni temor de una vida futura. ¿Pueden acaso existir un mundo sobrenatural y los arcanos de la revelación para la fría y escrutadora razón de un sabio, para el espíritu de un técnico, que vence y domina las leyes de la naturaleza? Esa es la pregunta que no pocos se hacen a sí mismos.

Aquí nuestro beato se adelanta y responde con un claro y resuel-

to «sí». El pronuncia plenamente y con fuerza este sí. Este sí, que es su firme profesión de fe en la vida sobrenatural, en la revelación, en la santa Iglesia, manteniendo, por otra parte, su confianza en los esfuerzos de la ciencia para alcanzar un conocimiento de la verdad cada vez más vasto. Es el hombre de la realidad moderna, pero es también el santo de la hora presente; el místico de la unión con Dios, donde vive sumergido; pero, al mismo tiempo, por decirlo así, el místico del hecho y de la acción, de aquella actividad que no se considera, ignorando el orden divino, como un fin en sí mismo, ni se eleva a una especie de substitutivo de la religión, sino que recibe estímulo y fuerza, virilidad y eficacia del Creador y Señor de toda verdad, y no conoce más que un fin altísimo: la gloria de Dios y el verdadero bien de la humanidad.

Derecho y ley separados de Dios. «Vestigia terrent»

¡Dios y el bien de la humanidad! Para Ferrini, el Derecho, con su historia y con su desarrollo, no era el objeto aislado de una investigación científica que se base en sí misma, sino más bien la aplicación de la ley eterna, de la ley moral divina a la realidad de la vida humana, como uno de los robustos pilares que, puestos por el mismo Dios, sirven para la edificación de la sociedad, para el bien universal de los pueblos.

[...] ¿Qué fecundidad, qué provecho para la verdadera felicidad de un pueblo podría hallarse en una legislación que no descansa sobre la fe en Dios, que finge ignorarla como

intrascendente y superflua o hasta se avergüenza con sólo pronunciar el santo nombre de Dios? Alejados de Dios, los cuerpos sociales y las ordenaciones jurídicas acaban, pronto o tarde, en el despotismo o en la tiranía. «*Vestigia terrent!*» «He aquí –exclama el salmista– que los que de ti se alejan perecerán» (salmo 72-27). «¡Feliz, en cambio, aquel pueblo que tiene al Señor por su Dios!» (salmo 143-15).

En un tiempo en que el mundo, separado de Dios, parece como que se hace impermeable a todo influjo divino; en un tiempo en que algunos sistemas filosóficos deliberadamente procuran edificar sobre la arena una moral y un derecho sin Dios, Nos sirve de gran consuelo que el Señor haya dado a la Iglesia un beato que fue un maestro, una eminencia en el campo del Derecho, pero que, al mismo tiempo, fue un hombre de Dios, un modelo admirable por la elevación sobrenatural de su espíritu y por la santidad de su vida.

La ciencia de la caridad de Cristo

Inclinad, pues, la cabeza, ilustres profesores y amados hijos, ante la imagen de Contardo Ferrini, elevado al honor de los altares. No hizo durante su vida milagros ni portentos. El portento y el milagro son él mismo, que brilla, como ejemplo de toda virtud, para veneración del pueblo. Inclinad la cabeza y medita. Medita cómo se hizo santo en un siglo donde la caridad de Cristo parecía desterrada de la sociedad humana, en un siglo donde la doctrina de Cristo y su Evangelio con frecuencia son despreciados y tenidos en poco en la práctica de la vida

y de la familia; en un siglo donde, ciertamente, ha progresado la ciencia de la naturaleza y del mundo, pero también aquella ciencia que de la naturaleza y de las entrañas de la tierra saca y multiplica las armas y las invenciones para la lucha, para la destrucción, para la batalla.

Meditad que, a pesar de todo el progreso que acompaña al hombre a lo largo de su vida, éste no tiene

Para Ferrini, el Derecho, con su historia y con su desarrollo, no era el objeto aislado de una investigación científica que se base en sí misma, sino más bien la aplicación de la ley eterna, de la ley moral divina a la realidad de la vida humana.

aquí una habitación permanente, porque ha sido creado para otro mundo, para un mundo espiritual, al que todos están destinados y en el que la mayoría piensa bien poco. Los santos son los héroes que tienen los pies en la tierra y el alma en el Cielo. Uno de éstos fue Contardo Ferrini desde su juventud. Aprended de él y de sus ejemplos a progresar en la ciencia que eleva desde la tierra hasta el Cielo, hasta Dios, y que transforma los pasos de esta vida en un cúmulo de méritos para la otra, que viene después de la presente y que no tiene fin. No os ensoberbezca la ciencia profana; que os guíe hacia la altura el conocimiento de las verdades de la fe, profundamente estudiadas y practicadas; que os sublime en Cristo la ciencia de su caridad.



Pequeñas lecciones de historia

San Atanasio (6): el semiarrianismo y el Sínodo de Tiro

Gerardo Manresa

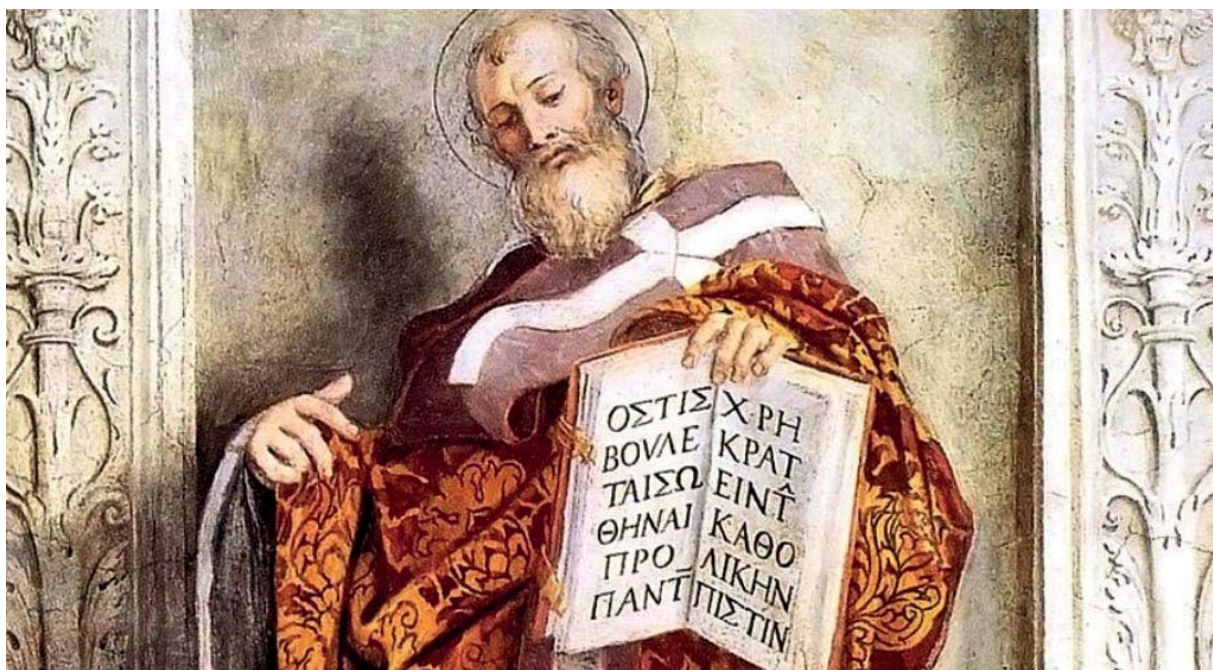
TRAS el Concilio de Nicea, el emperador Constantino aprobó oficialmente las actas, dándoles de ese modo el valor de Ley del Estado.

Poco tiempo después, en el año 328, el patriarca de Alejandría, Alejandro, falleció y fue designado por deseo del difunto obispo, como sucesor suyo Atanasio, con solo treinta años, con la aprobación de los obispos de la Iglesia de Alejandría, el clero y por aclamación de todo el pueblo, que le admiraba mucho.

Los primeros años del gobierno del santo estuvieron ocupados por la habitual rutina episcopal de un obispo egipcio del siglo IV. Visitas episcopales, sínodos, correspon-

dencia pastoral, predicaciones y la ronda anual de funciones eclesíásticas eran las funciones que consumían el grueso de su tiempo. Los únicos eventos dignos de mención, de los cuales la antigüedad suministra cuando menos datos probables, están ligados a los exitosos esfuerzos que hizo para dotar de una jerarquía a la recién fundada Iglesia de Etiopía (Abisinia) en la persona de san Frumencio y la amistad que parece haber comenzado en esta época entre él y los monjes de san Pacomio, a quien ordenó sacerdote.

Pero los amigos de Arrio, en Antioquía, iniciaron una gran actividad para combatir la definición aceptada en Nicea y con afirmacio-



nes no completamente ortodoxas generaron una fuerte oposición, que lograron extender por todo Oriente, excepto Egipto.

Ya estaban sucediendo eventos en Constantinopla que iban a convertir a Atanasio en la figura más importante de su tiempo. La primera opositora fue la hermana de Constantino, Constanza que influyó de forma decisiva en el emperador y, debido a ello, en el año 326, el obispo Osio perdió el favor del emperador, siendo substituido en la privanza imperial por Eusebio de Cesarea, partidario de Arrio. Éste se puso inmediatamente al frente del grupo de Arrio y las consecuencias no se hicieron esperar.

Explotando el escaso discernimiento espiritual del emperador y su deseo de unidad, le tendieron un lazo. Arrio le escribió mostrando deseos de conciliación, Eusebio de Nicomedia, que había caído en desgracia y había sido desterrado por el emperador Constantino por su participación en las primeras controversias arrianas, fue llamado del exilio y volvió a su obispado.

Tras una hábil campaña de intriga, llevada a cabo principalmente mediante el papel decisivo de las mujeres de la casa imperial, este prelado de suaves modales prevaleció sobre

Constantino hasta tal punto que lo indujo a ordenar también el regreso de Arrio del exilio. Éste, junto con Eusebio de Cesarea, compusieron una fórmula de fe arriana, pero en términos equívocos, cuyo alcance escapaba a la comprensión de Constantino; además, en toda esta zona de Oriente fueron depuestos y desterrados los obispos favorables a Nicea y sustituidos por obispos que aceptaron esta fórmula que era semiarriana.

Eusebio de Cesarea envió una carta al joven primado de Alejandría, en la que manifestaba su favor hacia el condenado heresiarca, Arrio, quien fue descrito como un hombre cuyas opiniones habían sido tergiversadas. Estos eventos deben haber sucedido alrededor de finales del año 330. Finalmente, el mismísimo emperador fue persuadido para escribir a Atanasio, urgiéndole a que todos aquellos que estuvieran dispuestos a someterse, de alguna manera, con una fórmula semiarriana, a las definiciones de Nicea deberían ser readmitidos a la comunión eclesial. Atanasio se opuso resueltamente a hacer esto, alegando que no podía haber unión entre la Iglesia y quien negaba la divinidad de Cristo. Atanasio, campeón de la fe nicena, reconoció inmediatamente la trampa y se negó a aceptarla.

Constantino, irritado por lo que juzgaba una intransigencia exagerada, haciendo uso de sus poderes de Pontífice Máximo reunió en Tiro un nuevo concilio, con mayoría de obispos arrianos, partidarios de los Eusebios, en el año 335. El obispo de Nicomedia presentó entonces cuatro cargos eclesiásticos y políticos contra Atanasio, los cuales fueron refutados en su primera audiencia. Estos cargos eran: que no tenía la edad canónica, 30 años, en el momento de su consagración como obispo; que había impuesto a las provincias un impuesto sobre el lino; que habían profanado los Sagrados Misterios en la ordenación de un supuesto sacerdote llamado Isquiras; y, finalmente, que había ejecutado al obispo Arenio, que luego se vio que estaba vivo. A estos falsos concilios se les llamó latrocinios.

Convocado Atanasio, por orden del Emperador, tras treinta meses de espera, consintió finalmente en enfrentarse a los cargos lanzados contra él y compareció ante el Sínodo de Tiro. Ante las acusaciones y viendo la postura injusta de sus adversarios, que tenían que juzgarle, Atanasio marchó repentinamente de Tiro, escapando en un bote, que le llevó hasta Bizancio, para presentarse ante el emperador.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración



Octubre. Por una Iglesia abierta a todos

Recemos para que la Iglesia, fiel al Evangelio y valiente en su anuncio, viva cada vez más la sinodalidad y sea un lugar de solidaridad, fraternidad y acogida

Noviembre. Por los niños que sufren

Recemos para que los niños que sufren, los que viven en las calles, las víctimas de las guerras y los huérfanos puedan acceder a la educación y redescubrir el afecto de una familia.



Actualidad religiosa

Javier González Fernández

A los 25 años de la encíclica *Veritatis splendor*

EL pasado 6 de agosto se cumplía el veinticinco aniversario de la publicación por san Juan Pablo II de la encíclica *Veritatis splendor* sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia. Con motivo de este aniversario el episcopado polaco ha querido recordar la enseñanza de este importantísimo documento en la Jornada papal que cada año, en recuerdo de su legado, celebran el domingo anterior al 22 de octubre, fiesta de san Juan Pablo II.

En la carta pastoral publicada para anunciar la celebración nacional de esta vigesimosegunda Jornada papal tras la 392ª reunión plenaria de la Conferencia Episcopal Polaca, los obispos llaman la atención, en primer lugar, sobre la crisis del concepto de verdad. Hoy en día, la existencia de la ley natural, escrita en el alma humana, es cada vez más cuestionada. La universalidad e inmutabilidad de sus mandatos también se ven socavadas. «La naturaleza dramática de la situación actual –decía san Juan Pablo II– en la que los valores morales básicos parecen desaparecer, depende en gran medida de la pérdida del sentido del pecado.» En efecto, el hombre es tentado a tomar el lugar de Dios y determinar por sí mismo lo que es bueno y lo que es malo. Como

resultado, la verdad se vuelve dependiente de la voluntad de la mayoría, grupos de interés, circunstancias, contextos culturales y de moda, y juicios individuales de personas individuales. Entonces, cualquier comportamiento se considera la norma de comportamiento, y todas las opiniones son iguales entre sí».

«A medida que se vuelve cada vez más difícil distinguir la verdad de la falsedad –continúan los obispos polacos–, los límites entre hecho y opinión, publicidad y mentira deliberada también se desdibujan. Los algoritmos nos acompañan constantemente cuando usamos Internet. Seleccionan el contenido buscado y visto por nosotros para que se adapte lo más posible a nuestros intereses y expectativas. Esto, sin embargo, dificulta confrontar opiniones alternativas y, en consecuencia, llegar a la verdad objetiva. Los usuarios de las redes sociales a menudo no se guían por el deseo de presentarse de manera auténtica, sino que adaptan los materiales preparados a las expectativas de los destinatarios. En pos de la popularidad, superan los límites de la moralidad, el buen gusto y la privacidad. En el espacio de los medios, nos enfrentamos cada vez más a los llamados “hechos alternativos” (“noticias falsas”). La consecuencia de esto es una disminución de la confianza en todo el contenido publicado. En la era de la posver-

dad no solo tenemos la verdad y la mentira, sino también una tercera categoría de declaraciones ambiguas, es decir, “falta de verdad, exageración, coloración de la realidad”».

Ante este panorama el episcopado polaco recuerda el vínculo inseparable entre la verdad, el bien y la libertad, remarcando que la renovación de la vida moral sólo puede lograrse mostrando el verdadero rostro de la fe cristiana. «Sólo el esplendor de la verdad que es Jesús puede iluminar la mente para que el hombre descubra el sentido de su vida y de su vocación y distinga entre el bien y el mal. Seguir a Cristo es el fundamento de la moral cristiana. (...) Sin embargo, el hombre no puede seguir a Cristo

verdad a veces requiere sacrificios y hay que pagarla. En ciertas situaciones, guardar la ley de Dios puede ser

La renovación de la vida moral sólo puede lograrse mostrando el verdadero rostro de la fe cristiana

difícil, pero nunca es imposible. Así lo confirma la Iglesia, que ha elevado a la gloria de los altares a numerosos santos que, de palabra y obra, testimoniaron la verdad moral en el martirio, prefiriendo morir antes que cometer pecado. Cada uno de nosotros también está llamado a dar este tes-

del peligro del error. Por tanto, la tarea clave de los pastores y educadores, pero también de todo creyente, es formar la conciencia. (...) Aquí juega un papel especial la “Iglesia y su Magisterio”. (...) La Iglesia lleva a cabo la misión de la formación de las conciencias a través de la catequesis regular de niños, jóvenes y adultos, la formación en movimientos y asociaciones, y cada vez más en las redes sociales, en forma de respuestas a las preguntas formuladas. Es fundamental la labor de los confesores y directores espirituales que forman la conciencia de las personas a través de conversaciones, instrucciones y, sobre todo, a través de la celebración de los sacramentos. En este punto, –concluyen los obispos polacos– alentamos la formación personal de todos los creyentes a través de la práctica diaria de la oración, el examen de conciencia y la confesión frecuente».

Lucha a favor de la vida

El papa Benedicto XVI, en la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* afirmaba que «el culto agradable a Dios nunca es un acto meramente privado, sin consecuencias en nuestras relaciones sociales: al contrario, exige el testimonio público de la propia fe».

Y añadía que dentro de esta exigencia de testificar públicamente nuestra fe ocupa un lugar fundamental –por ser el sustrato sobre el que actúa la gracia– la defensa de los valores propios de la misma naturaleza del hombre: el respeto y la defensa de la vida humana, desde su concepción hasta su fin natural, la familia fundada en el matrimonio entre hombre y mujer, la libertad de educación de los hijos y la promoción del bien común en todas sus formas.



Reunión plenaria de la conferencia episcopal polaca

por sí mismo. Se hace posible gracias a la apertura al don del Espíritu Santo. El fruto de su acción es un “corazón nuevo”, que permite al hombre descubrir la ley de Dios no ya como constricción, carga y restricción de la libertad, sino como bien que lo protege de la esclavitud del pecado. (...) La armonía entre libertad y

testimonio de la fe, incluso a costa del sufrimiento y del sacrificio».

Este vínculo y diálogo entre verdad y libertad tiene su lugar privilegiado en la conciencia. «Aquí es donde se hace el juicio práctico, qué es lo que se debe hacer y qué se debe evitar. Pero la conciencia no está libre

La nueva campaña de oración y ayuno promovida por «40 Días por la Vida» para acabar con la locura del aborto, que ha tenido lugar frente a diferentes clínicas abortistas en dieciocho ciudades españolas entre el 28 de septiembre y el 6 de noviembre tras la reforma del Código Penal por la Ley Orgánica 4/2022, constituye un gran ejemplo de este testimonio público de la fe que mencionaba el papa Benedicto XVI, testimonio de coherencia en la defensa de la verdad objetiva vivido con una vocación martirial, como afirmaba monseñor Munilla en el reciente primer congreso internacional de esta asociación.

Por otro lado, también la defensa de métodos de control de la natalidad respetuosos con la naturaleza y dignidad de la persona humana constituye un fuerte testimonio de la fe en Dios creador y providente. Así lo han puesto de manifiesto diferentes profesionales relacionados con el mundo médico y de acompañamiento a matrimonios en la paternidad responsable, la vivencia de su sexualidad matrimonial y en la aplicación de los métodos naturales en una carta abierta titulada «Una pastoral al margen de la experiencia deja de ser pastoral» que sale al paso de algunas de las opiniones recogidas en el libro *Ética teológica de la vida*, publicado por la Academia Pontificia por la Vida el pasado mes de julio.

«San Juan Pablo II –recuerdan los firmantes de la carta– advertía que no se confundiera la “ley de la gradualidad” con la “gradualidad de la ley” como si hubiera varios grados o formas de precepto en la ley divina para diferentes personas en sus personales situaciones. La ley de la gradualidad supone que todos estamos invitados a vivir con plenitud

las propuestas de la Iglesia, aunque logremos alcanzarlas poco a poco, desde nuestras capacidades y circunstancias personales, contando con la gracia y siendo acompañados para superar las dificultades.

»(...) Aplicado a la planificación familiar la ley de la gradualidad significaría proponer métodos naturales a quienes quieren espaciar sus embarazos y, en el caso de surgir dificultades, acompañarles mientras resuelven sus problemas para poder vivir como los demás la buena nueva proclamada por la Iglesia. Por el contrario, la gradualidad de la ley y estas “nuevas” propuestas equivaldría a decirles: “Este ideal no es para vosotros. En vuestras circunstancias, usad preservativos u otros métodos anticonceptivos”.

»Hay que afirmar sin ninguna duda, con el conocimiento de la técnica, la ciencia médica y la experiencia en la mano, que la enseñanza de la *Humanae vitae* es alcanzable para todos los matrimonios, con la ayuda de la gracia y el acompañamiento pastoral de quienes tienen más experiencia. Esas “situaciones” se pueden atender y se atienden de hecho con enfoques que no suponen apartarnos de la propuesta de la *Humanae vitae*. A diario, los profesionales que atendemos a matrimonios realizamos este trabajo eficaz y viven la *Humanae vitae* con gozo (con o sin dificultades). Desalentar este trabajo de acompañamiento puede privar a muchos esposos de alcanzar la plenitud en sus matrimonios y puede conducirles al empeo-

ramiento de su salud mental, física y sexual, por confiar en alternativas químicas, como la píldora anticonceptiva, o incluso menos eficaces, como el preservativo. Lo que sí es más necesario es un empeño mayor, si cabe, en que laicos, profesionales sanitarios, universidades con inspiración cristiana hagamos más, mucho más, para facilitar y mejorar la atención a estos matrimonios.

»Es hora de abandonar los paradigmas fallidos de la revolución sexual-



concluye la nota-. Es hora de que la Iglesia desarrolle una verdadera y renovada pastoral, que sea sostenible, siguiendo una ecología integral, centrada en varones y mujeres libres y responsables. Al servicio de matrimonios que reconocen su fertilidad, la gestionan autónomamente y la protegen, y viven un compromiso igualitario hacia sus hijos. La enseñanza de la Iglesia es saludable y promotora de la salud pública. Los métodos naturales favorecen el diálogo en el matrimonio y el respeto por el otro, además de fortalecer los vínculos y fines de la pareja. Cuando proceden del amor, aumentan el verdadero amor; cuando proceden de la libertad, aumentan la libertad. Es hora porque nuestra experiencia y la ciencia confirman que es posible».



Actualidad política

Jorge Soley Climent/ Piero Viganego Busquets



Cartel de la campaña contra el velo de marzo de 2021 (Suiza)

Suecia e Italia: el malestar se plasma en las urnas

LAS dos últimas elecciones que han tenido lugar en Europa han arrojado resultados similares. Tanto en Suecia como en Italia se han alzado con la victoria coaliciones de derechas que abogan por limitar la inmigración y combatir la inseguridad. Evidentemente, ambos países son muy diferentes, pero en ambos ha vencido el voto de protesta de las capas de población más golpeadas por la inmigración en masa y la inseguridad física y cultural.

En Suecia, la política de los socialdemócratas ha generado barrios que se han convertido en verdaderos ghe-

ttos islámicos, donde la ley sueca no impera, donde reina la ley islámica y la violencia de las bandas. La combinación de islamización y auge de la criminalidad organizada (no son raros los ajustes de cuentas con intercambio de granadas) han convertido la antigua sociedad «idílica» socialdemócrata en un infierno cotidiano para millones de suecos.

En Italia, ha sido Giorgia Meloni, la líder del partido que surgió de la reconversión del antiguo MSI (una alianza de postfascistas y monárquicos), la vencedora con un 26% de votos, a los que se unen Berlusconi y Salvini, con algo más del 8% de los votos cada uno, lo que les da la mayoría en ambas cámaras.

Meloni es la única de la coalición de centroderecha que no apoyó al tecnócrata Draghi, lo que le ha hecho recoger el voto de protesta frente a un gobierno que ha impuesto medidas de extrema dureza en la lucha contra el Covid y que se ha mostrado incapaz de controlar las consecuencias de los brutales confinamientos, en especial la galopante inflación que empobrece a los estratos más populares.

Pocos días antes de las elecciones la presidenta de la Comisión europea, Ursula von der Leyden, advirtió a los italianos de que no votaran a Meloni, amenazándoles de que, en caso contrario, la Unión Europea tiene herramientas para actuar contra un gobierno nacional díscolo. Esta declaración supone una vuelta de tuerca más de los burócratas europeos en su intento de imponer sus directrices a las naciones que componen la UE, pues nunca se habían pronunciado sobre a quién se debe votar. A la vista de los resultados parece que las declaraciones de Von der Leyden han sido contraproducentes.

¿Se puede evitar la guerra en Taiwán?

Después de unos meses en que casi toda la atención mediática ha estado centrada en la guerra en Ucrania, el conflicto geopolítico entre la República Popular de China y Taiwán está lejos de haber desaparecido y las partes involucradas van dando pasos que parecen amenazar la tensa paz que se ha mantenido desde 1945, año en que las tropas de Chiang Kai-Shek se refugiaron en la isla tras salir derrotadas de la guerra civil contra los comunistas de Mao. En el marco de lo que se conoce como el *statu quo* y la política de «una sola China», que ha venido

siguiendo la ONU desde que Carter dejara de reconocer la legitimidad del gobierno de Taiwán sobre el continente en 1979, cualquier gesto simbólico llevado a cabo por Occidente es interpretado por Pekín como una amenaza que conlleva consecuencias. El mensaje de Pekín es claro: consideran a Taiwán como una provincia rebelde y están dispuestos a enfrentarse a cualquier potencia, incluidos los Estados Unidos, que se perciba como un desafío a esa visión.

En este contexto, no fue poco el revuelo que se armó tras las declaraciones de Biden al afirmar que EEUU defendería militarmente Taiwán en caso de invasión de la República Popular de China. Desliz que rápidamente salió a matizar la Casa Blanca para intentar sosegar el enfado de Pekín. Tras la escena vivida, poco tiempo le faltó a Nancy Pelosi, presidenta de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, para volver a tensar la cuerda (para muchos innecesariamente), con su visita oficial a Taiwán el 4 de agosto. ¿Es casualidad que este desafío diplomático, claramente provocador, se haya llevado a cabo a falta de tres meses para las elecciones de mitad de mandato? Más aún teniendo en cuenta que estas elecciones se prevén difíciles para el Partido Demócrata.

La reacción de Pekín no se hizo esperar. Numerosas maniobras aéreas y navales con fuego real en el Estrecho de Formosa se orquestaron los días previos y posteriores a la mencionada visita. Más de 100 aviones militares chinos cruzaron el Estrecho, mientras que en un año solamente lo habían hecho cinco. Para más inri, el «golpe de efecto», o el pequeño momento de gloria mediática de Pelosi ha tenido lugar a pocos meses del XX congreso del Partido Comunista Chino, en el

que el presidente Xi Jinping planea presentarse a un tercer mandato y quiere aparecer como el hombre fuerte de China, el sucesor de Mao.

Lo que parece claro es que es extremadamente peligroso alterar el *statu quo* de Taiwán. Las consecuencias de un conflicto abierto no son difíciles de adivinar: Rusia unida a China contra EEUU y Occidente. No sería descabellado pensar (esta vez sí), en una posible tercera guerra mundial. A diferencia de Ucrania, donde la OTAN se ha abstenido de entrar en el territorio bélico y en un conflicto abierto y la ONU ha conseguido algún éxito, como el corredor

Parece que el statu quo pende de un hilo que va debilitándose cada vez más. China es una potencia en expansión que ya no disimula sus intenciones

de cereales entre Odesa y el Bósforo, un conflicto con China se presenta como mucho más peligroso que el ucraniano.

En cualquier caso, no parece que por el momento se vaya a desencadenar una guerra frontal y abierta en Ucrania entre las grandes potencias. Si Estados Unidos se implica en Ucrania, lo hace a miles de kilómetros de sus fronteras. Además, reciente todavía en la memoria la retirada de Afganistán del pasado mes de agosto, los Estados Unidos no parecen muy dispuestos a enfrentarse en una guerra abierta en la que potencialmente podrían emplearse armas nucleares. Por otro lado, China está observando muy de cerca lo que ocurre en Ucrania. La tentación de pensar que Taiwán cae-



Xi Jinping, presidente de China

ría tras un breve enfrentamiento militar parece disiparse tras observar la férrea resistencia (con la ayuda militar y financiera de Occidente) de los ucranianos. El mar que separa la República Popular China y Taiwán, y que esta última está armada hasta los dientes, mueve además a una mayor cautela.

Lo que sí parece claro es que hasta que llegue el momento, que parece difícilmente evitable, China va a tomarse muy en serio cualquier amenaza a sus objetivos y cualquier gesto va a ser respondido con acciones directas y concretas. En los últimos meses hemos visto como China ha atacado y capturado tierras fronterizas con la India en el Himalaya, ha reclamado prácticamente todo el Mar de la China Meridional, ha fortificado media docena de islas en ese mar, ha reclamado el Estrecho de Taiwán como aguas territoriales para que el tránsito por buques de guerra estadounidenses requiera el permiso de China, ha reclamado Taiwán como parte de China, así como las cercanas islas Senkaku, actualmente en poder de Japón y ha conseguido, en gran parte gracias a la pandemia, aprobar la ley de seguridad nacional incorporada a la Ley Fundamental de Hong Kong.

En conclusión, parece que el *statu quo* pende de un hilo que va debilitándose cada vez más. China es una potencia en expansión que ya no disimula sus intenciones y que aprovecha

el entorno de caos en que está sumido el tablero internacional. Xi Jinping, obstinado en figurar en la trinidad imperial de la china contemporánea, quiere ser recordado como el hombre que devolvió Taiwán a la patria y, aunque la invasión directa no parece inminente, el conflicto final, que tendría consecuencias terribles, parece difícil de evitar.

Primeras víctimas colaterales de la guerra de Ucrania: los armenios de Nagorno-Karabaj

La guerra de Ucrania ha desestabilizado aún más si cabe el panorama internacional y sus efectos se dejan sentir en lugares alejados de los combates. Como por ejemplo en el Cáucaso, donde la incapacidad de Rusia de someter a Ucrania y la imposibilidad de abrir otros frentes ha provocado una nueva ofensiva de Azerbaijón sobre el territorio disputado de población armenia de Nagorno-Karabaj.

Se repite lo que ya sucedió en 1920, cuando el ejército islámico del Cáucaso, creado bajo la supervisión del vecino turco-otomano, intentó completar el genocidio de los armenios iniciado en 1915. Volvió a suceder en 1992, cuando los azeríes intentaron tomar el enclave armenio que se niega a formar parte de Azerbaijón, siguiendo el criterio impuesto por Stalin reformulando las fronteras dentro de la Unión Soviética, y por último sucedió de nuevo en septiembre de 2020, cuando la ofensiva azerí

se hizo con el control de tres cuartas partes de Nagorno-Karabaj.

Ahora, con Rusia enzarzada en la guerra de Ucrania, los armenios han quedado huérfanos de protección, oportunidad que el presidente azerí, Ilham Aliev, aliado de Turquía y amigo de su presidente Erdogan, ha aprovechado para lanzar una nueva ofensiva y dar un paso más hacia el objetivo de reconstituir un espacio túrquico continuo desde Istanbul hasta el Xinjiang chino.

La guerra es abierta y los drones turcos del ejército azerí están haciendo estragos entre los armenios. Pero estamos ante una guerra de la que los medios no hablan. Poco importa que la más antigua nación cristiana esté siendo atacada por un agresor musulmán que no duda en emplear armas prohibidas o en reclutar a mercenarios yihadistas para sus fuerzas irregulares.

Poco importa que la más antigua nación cristiana esté siendo atacada por un agresor musulmán que no duda en emplear armas prohibidas o en reclutar a mercenarios yihadistas para sus fuerzas irregulares.

¿Y cómo es posible que la Unión Europea, tan movilizada en solidaridad con Ucrania, no haga ni el más mínimo gesto de apoyo hacia los armenios que sufren una agresión análoga? Quizás sea que los cristianos agredidos por musulmanes no forman parte de la agenda, o quizás tenga que ver el hecho de que Ursula von der Leyden acaba de firmar un acuerdo con Azerbaijón que prevé doblar las importaciones de gas azerí a la Unión Europea.



¡La mejor librería religiosa en Barcelona!



Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades



Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas



Servicio inmediato de venta online



Acceso a la hemeroteca de CRISTIANDAD



Servicio de suscripción a nuestra revista



Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras



¡Efectúa un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año!

Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.



info@balmeslibreria.com



balmeslibreria.com



682 856 468



93 317 80 94



Contra el totalitarismo blando

Contreras, Francisco José

Editorial: Libros Libres

262 páginas

Precio: 20,00 €

Este totalitarismo blando no tortura al disidente, ni lo recluye en Siberia o Auschwitz, ni lo asesina. Es más sutil. Todo aquel que se muestre discrepante con las consignas del Poder se le cancela, se le invisibiliza, se le ridiculiza y se busca destruir su reputación por medio de las con-sabidas etiquetas (machista, racista, homófobo...), o se le expulsa de su empleo o cargo público. En definitiva, se le da muerte civil.

Esa ideología oficial se extiende por la sociedad, como si fuera una tela de araña, y todo lo impregna. Desde la escuela o la Universidad, pasando por los medios de comunicación, las plataformas de las Big Tech; el cine o las leyes ideológicas...



La dirección espiritual de San Claudio La Colombière

Cervera Barranco, Pablo

Editorial: Monte Carmelo

150 páginas

Precio: 14,00 €

Uno de los grandes regalos que Dios ha dado a la Iglesia es el santo jesuita Claudio La Colombière.

Este santo jesuita –con fama de brillantez en la enseñanza, la predicación y la dirección espiritual– fue enviado por Cristo para alentar espiritualmente y apoyar a la humilde religiosa de Paray, que luchaba con las grandes revelaciones del amor y la misericordia de Dios que se encuentran en el corazón traspasado del Salvador. Su sabio consejo espiritual estabilizó a santa Margarita María y le dio la confianza y el discernimiento para promover la devoción del Sagrado Corazón, como nuestro Señor deseaba.



Isabel de Hungría

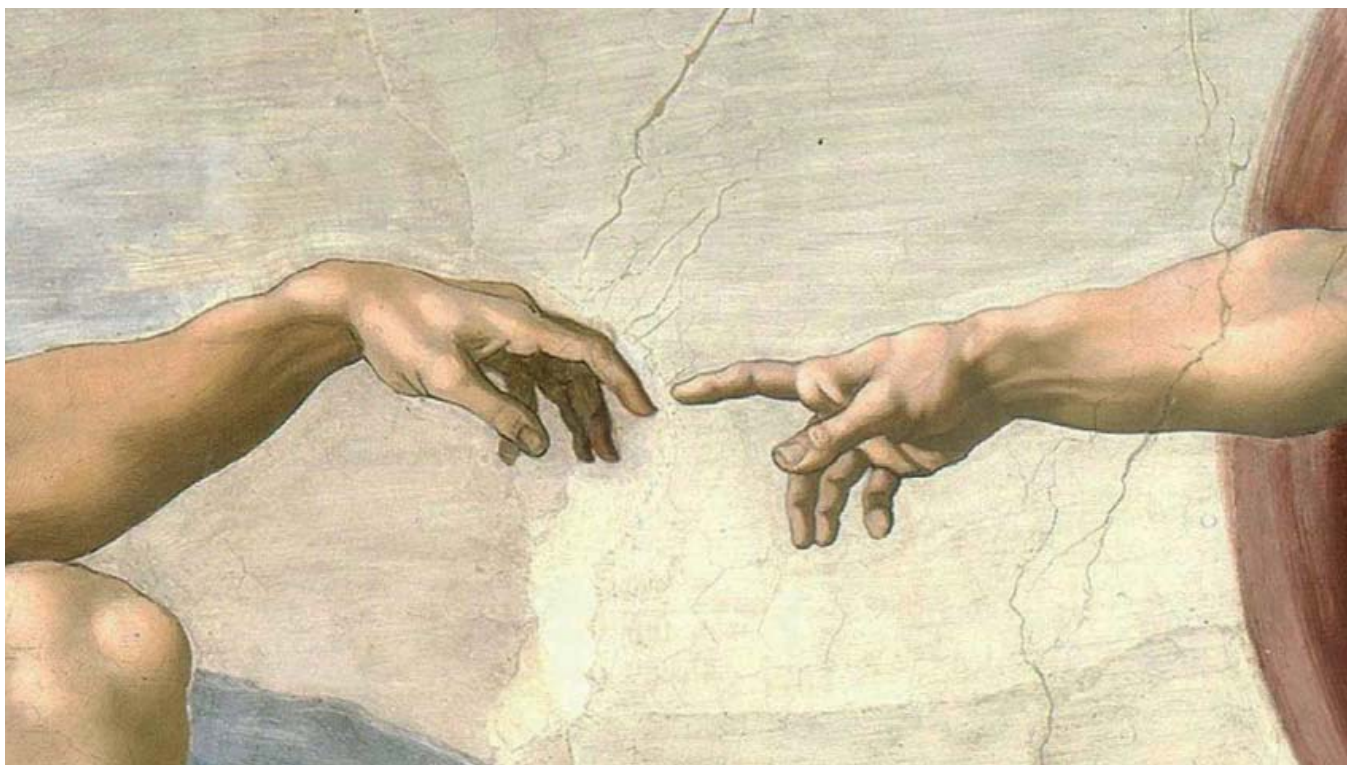
Sabourdin-Perrin, Dominique

Editorial: Arcaduz

192 páginas

Precio: 17,90 €

Gran figura espiritual del siglo XIII, santa Isabel de Hungría (1207-1231) fue hija de Andrés II de Hungría y esposa de Luis IV de Turingia. Madre de tres hijos, esta princesa, cuya corta vida mezcló leyenda y verdad, nunca dejó de cuidar por amor los más débiles, los niños, los pobres y los enfermos. Cuando enviudó siendo todavía muy joven, despojada de todo vínculo afectivo y material, Isabel se comprometió con la caridad siguiendo a san Francisco. Su fama, que ha perdurado durante ochocientos años, la ha llevado a ser llamada «la princesa de los pobres».



LA CREACIÓN ES DEL ORDEN DEL AMOR

No podemos sostener una espiritualidad que olvide al Dios todopoderoso. De ese modo, terminaríamos adorando otros poderes del mundo, o nos colocaríamos en el lugar del Señor, hasta pretender pisotear la realidad creada por Él sin conocer límites. La mejor manera de poner en su lugar al ser humano, y de acabar con su pretensión de ser un dominador absoluto de la tierra, es volver a proponer la figura de un Padre creador y único dueño del mundo, porque de otro modo el ser humano tenderá siempre a querer imponer a la realidad sus propias leyes e intereses.

(...) Para la tradición judeo-cristiana, decir «creación» es más que decir naturaleza, porque tiene que ver con un proyecto del amor de Dios donde cada criatura tiene un valor y un significado. La naturaleza suele entenderse como un sistema que se analiza, comprende y gestiona, pero la creación sólo puede ser entendida como un don que surge de la mano abierta del Padre de todos, como una realidad iluminada por el amor que nos convoca a una comunión universal.

Francisco, *Laudato si'* (2015)